



INTRODUCCIÓN

LA POBREZA Y LOS MODOS DE ACTUAR DE LA GENTE







Al pensar en cómo funcionan las cosas en Venezuela, con frecuencia nos viene a la mente el ejemplo del tránsito, que ilustra la tendencia del venezolano a comportarse caóticamente en determinadas circunstancias. Este ejemplo, basado en el comportamiento real promedio, sirve también para explicar cómo reaccionan los venezolanos frente al problema de la pobreza.

Fijémonos en un hecho concreto real. Un día un fiscal de tránsito detuvo a un transporte público por recoger pasajeros fuera de la parada, e intentó inculcar al chofer el respeto a las normas establecidas y la conveniencia de recoger los pasajeros únicamente en los lugares señalados para mantener el orden en las vías de tránsito. Además, cumpliendo con su función de representante de la autoridad, indicó educadamente al chofer que le debía imponer una multa por la falta cometida. Por fin decidió no multarlo, pero le explicó al conductor de la unidad que

el hecho de haber estado detenido unos diez minutos le había hecho perder alrededor de una docena de pasajeros: unos porque dejaron de montarse, y otros porque se bajaron reclamándole al fiscal el que los molestara para “buscarse un redondeo”. Ante esas reacciones el fiscal, que realmente actuaba de buena fe, dejó que el chofer continuara su camino.

Este es un caso muy común, y puede ser interpretado de diversas maneras. No nos interesa profundizar tanto en el problema del tráfico sino simplemente usarlo de ejemplo introductorio.

Una lectura posible nos muestra el lado anárquico de los venezolanos que se resisten a la autoridad –representada aquí por el fiscal– y a la obediencia a las normas, que en este caso implica detenerse a recoger o dejar pasajeros únicamente en las paradas. Vemos además que la actitud de los pasajeros tiende a premiar a quien incumple las normas y critica a quien se comporta cívicamente.

La reacción normal en el fiscal va a ser, tarde o temprano, dejar de aplicar las normas por el desgaste que le supone el inculcarlas. Además, por su condición de asalariado del sector público, verá que puede resultar rentable “usufructuar” su rol de autoridad y obtener ventajas de él, ya que ningún otro fiscal lo va a controlar o reprochar por ello.

De esta manera, el sistema termina premiando a quienes utilizan un puesto público en provecho propio, y pone dificultades a quienes se apegan a las normas.

Según esta lectura, el gran problema aquí es nuestra cultura, que tiende a soslayar las normas, resistirse a la autoridad y usar lo público para beneficio privado. Somos desordenados porque culturalmente estamos programados para eso, porque participamos de una cultura que nos impide actuar ordenadamente.

Este ejemplo, llevado al tema de la pobreza –que puede ser en cierta manera equiparada con el problema del orden–, puede llevar a lecturas similares. Somos pobres porque participamos de una cultura que nos impide orientarnos y actuar productivamente.

Hay en esta apreciación algunas cosas ciertas –como el hecho de que con frecuencia nos identificamos con actitudes desordenadas e improductivas– pero si nos limitáramos a hacer esta lectura, terminaríamos por interpretar la realidad inadecuadamente, ya que haríamos un análisis incompleto de la misma.



Una lectura posible nos muestra el lado anárquico de los venezolanos que se resisten a la autoridad –representada aquí por el fiscal– y a la obediencia a las normas, que en este caso implica detenerse a recoger o dejar pasajeros únicamente en las paradas.


1

Zona céntrica de Caracas caracterizada por su tráfico humano y automotor.

Volviendo al ejemplo del fiscal y del chofer, si vemos un poco más allá notaremos que la parada de la Avenida Baralt, frente a Quinta Crespo¹ –donde realmente ocurrió este hecho– mide poco más de diez metros. La parada se satura con un par de carritos por puesto, sin contar los autobuses, que son frecuentes en la zona. Los pasajeros, para poder abordar el transporte que les conviene, deben salirse forzosamente de la parada. Un uso racional de las paradas, tal como lo pretende el fiscal –y este no puede pretender más que eso– implicaría que las mismas fueran tan largas como para contener, por lo menos, unos cinco o seis carros por puesto. La fluidez en dicha parada, tomando en cuenta que gran parte de la población de esta zona se mueve en transporte público y que la avenida consta sólo de dos canales, no puede ser tan rápida. Dado que en estas circunstancias la parada termina siendo más un problema que una solución y que el chofer necesita, por razones económicas, buscar la mayor cantidad de pasajeros posibles, para competir necesita recoger gente fuera de las paradas.

Un rediseño de las paradas tendría repercusiones de importancia en el tráfico de esta y otras vías principales del centro de la ciudad. La lectura desde este punto de vista –más completa y compleja– nos ofrece algunos elementos que nos llevan a pensar sobre lo que efectivamente está en juego: ¿es un problema de cultura, de normas, de instituciones o de recursos? La respuesta nos llevaría entonces a colocar la luz sobre dos escalas diferentes de la vida social: el individuo como parte de una masa humana o el individuo en sociedad.

Continuando con el ejemplo, ahora en una perspectiva más compleja, podríamos sacar algunas conclusiones: una sería que el chofer actúa de manera lógica según sus necesidades particulares, entre otras razones, porque el modo correcto de actuar según las normas implicaría perjudicar sus requerimientos socioeconómicos; dos, el fiscal está limitado en su tarea porque la solución al problema –el uso de la parada– termina siendo más un inconveniente que una solución; tres, la solución inmediata al problema –el rediseño de las paradas– no puede hacerse sin afectar el tránsito en la arteria vial y, por ende, en todo el centro de la ciudad. Cabe preguntarse frente a la idea de que actuamos como actuamos por nuestra herencia cultural: ¿la actitud del chofer es una manifestación de su cultura o, como en cualquier lado del mundo, es un acto lógico en la medida en que actúa según sus intereses? ¿La ausencia de normas y orden

 *Vemos además que la actitud de los pasajeros tiende a premiar a quien incumple las normas y critica a quien se comporta cívicamente.*



que beneficien a la vida social se origina en nuestra cultura? ¿Al final de cuentas, hablamos de la cultura del chofer o de una sociedad entera?

La solución implicaría considerar aspectos de orden institucional (el rol del fiscal y de las paradas), de orden socioeconómico (la necesidad del chofer de hacer rentable su labor pero también la presencia de buhoneros y las limitaciones de recursos de la Alcaldía para ejecutar un proyecto de remodelación del tránsito en la zona), y de orden cultural (la viabilidad de educar a los choferes, transeúntes y conductores privados en el uso de las nuevas normas). El problema del tráfico en la Avenida Baralt sería entonces un asunto multidimensional, donde el cambio cultural pasa por un rediseño de las instituciones y del uso de los recursos.

El tema de la pobreza, sin lugar a dudas, es el problema más apremiante de la sociedad venezolana, no puede ser objeto de una consideración tan simplista como la lectura superficial del problema del tráfico caraqueño. Para el año 2002, casi un 70% de la población se encontraba en situación de pobreza y un 29% en pobreza crítica; para el año 1978 estas cifras eran respectivamente de 17% y 6%. De cada 10 trabajadores, cinco trabajan en la economía informal, dos están sin trabajo, uno trabaja en el sector público y dos en el sector privado, es decir, sólo tres de cada 10 trabajadores están en situación de productividad. En los últimos 24 años, el PIB ha crecido anualmente un 0,9% en promedio cuando la población crece a un ritmo de 2,6%. Estos indicadores van acompañados de otros semejantes en sectores tales como la salud, la vivienda y la educación, que hablan sobre el deterioro progresivo de la calidad de vida de los venezolanos en los últimos años. Mientras en países en condiciones de desarrollo similares han logrado reducir sus niveles de pobreza, o por lo menos mantenerlos estables, en Venezuela la pobreza se ha agudizado con el pasar de los años. La pregunta que se hacen los analistas es por qué un país con tantos recursos como Venezuela ha retrocedido hasta tener un nivel de ingresos parecido al que se tenía en el período inmediatamente anterior a 1960.

Los estudios realizados a lo largo del Proyecto Pobreza así como otros análisis similares, apuntan a la complejidad del problema: para entender el tema de la pobreza hay que revisar desde nuestra fuerte dependencia del petróleo hasta el funcionamiento del sistema educativo. En algunos puntos relativos a este tema existen consensos, pero en otros las diferencias son notables. Lo que sí es bien cierto es que sin duda alguna el tema de la pobreza —o de la calidad de vida, para expresarlo en términos más generales— es primordial en Venezuela, y que muchos otros problemas pasan primero por su superación.

No obstante, tras el tema de la pobreza existe una interrogante que algunas veces se manifiesta abiertamente, pero que casi siempre forma parte del pensar colectivo no expresado: ¿nuestra condición de subdesarrollo

tiene algo que ver con nuestro modo de pensar y de actuar? ¿Es la pobreza un problema realmente cultural?

El tema resulta complejo pues, por un lado, no podemos descartar que existen actitudes que refuerzan condiciones como la pobreza y el desorden; pero, por otro lado, aceptar de entrada que el problema de Venezuela es cultural sería negar que tras el empobrecimiento de los hogares venezolanos existe un proceso que involucra el funcionamiento de las instituciones, las políticas de desarrollo y las deficiencias productivas. Ya desde hace años, numerosos críticos y analistas de la realidad venezolana empezaron a advertir sobre el mal funcionamiento de nuestra economía y el mal diseño de algunas instituciones. Los sucesos de 1989 fueron, sin duda alguna, una sorpresa; pero no era ninguna sorpresa que para esa fecha empezaba a hacerse insostenible una sociedad fundada sobre el rentismo y el clientelismo.

El manejo de lo cultural como una de las variables en estos asuntos, muchas veces se realiza de manera poco disciplinada. Se recurre a la idea de cultura para demostrar que el otro, el pobre en este caso, es diferente del resto de la sociedad, encontrando así en la diferencia cultural la explicación de su situación. Se confunde cultura con cualquier expresión actitudinal; se atribuye a la cultura expresiones que son parte de otros ámbitos como la psique individual o el comportamiento de masas. En todo caso, no se plantea la cuestión que pareciera ser más obvia: si la cultura es la esfera donde se construye la identidad de un colectivo, en este caso el venezolano, nos deberíamos preguntar no sobre lo que nos hace diferentes, sino sobre lo que nos hace iguales. En otras palabras, frente al problema de la pobreza, el problema no sería la cultura del pobre sino la cultura de la sociedad que produce pobreza.

Cuando el Proyecto Pobreza se planteó la interrogante sobre los determinantes culturales de la pobreza, apuntó principalmente a que estos determinantes eran parte de la sociedad en general y no de un segmento de ella. Por esto la investigación no partía del principio de que la cultura del pobre fuera diferente del resto de la sociedad, siendo además los pobres la mayoría de la sociedad. Como en toda investigación exploratoria, si bien tenemos algunos presupuestos que relacionan ciertas actitudes con logros sociomateriales, nuestro punto de inicio es que no son las diferencias culturales las que explican la pobreza. Sin embargo, este punto de partida también nos lleva a otra pregunta: ¿qué es la cultura? Por los momentos –más adelante abordaremos con mayor profundidad esta pregunta– asumimos como cultura aquellas expresiones que reflejan los valores y las creencias de las personas.

La relación entre los modos de actuar y de pensar de la gente y las condiciones sociomateriales es mucho más compleja que una simple relación de determinación de una sobre otra. La visión materialista que explica la forma



como las condiciones materiales inciden en el funcionamiento de otras estructuras sociales, y la visión valorativa que señala la manera en que las estructuras de valores de las personas inciden directamente en sus condiciones de vida, presentan aportes muy interesantes al momento de entender el modo como funcionan la sociedad y sus situaciones. Pero ninguna de las dos puede explicar por sí sola el desarrollo de las dinámicas sociales.

Nuestra hipótesis de partida es que esa relación entre modos de actuar y de pensar y las condiciones sociomateriales es mucho más compleja que la afirmación de que una determina la otra; y esto principalmente por dos razones: primero, porque la realidad social termina siendo muy rica en su variedad de situaciones, combinando materialismo y cultura en proporciones diferentes; y segundo, por la existencia de múltiples mundos que componen lo social, empezando por lo individual, pasando por lo familiar y lo institucional, hasta llegar a lo societal. El juego que hacen estos mundos pasa muchas veces de manera desapercibida, lo que hace que se confundan conceptos complejos como los referidos a los individuos, las masas y la sociedad.

De esta manera, en el estudio realizado para el Proyecto Pobreza se decidió contemplar dos elementos básicos: el primero, explorar una parte de la cultura en sus expresiones valorativas y de creencias; y el segundo, investigar a escala individual dichas expresiones. La intención de este trabajo es entonces explorar las orientaciones actitudinales de la población venezolana, especialmente aquellas orientaciones que permiten el desarrollo de actitudes orientadas hacia la productividad,

Nuestra hipótesis de partida es que esa relación entre modos de actuar y de pensar y las condiciones sociomateriales es mucho más compleja que la afirmación de que una determina la otra; y esto principalmente por dos razones: primero, porque la realidad social termina siendo muy rica en su variedad de situaciones, combinando materialismo y cultura en proporciones diferentes; y segundo, por la existencia de múltiples mundos que componen lo social, empezando por lo individual, pasando por lo familiar y lo institucional, hasta llegar a lo societal. El juego que hacen estos mundos pasa muchas veces de manera desapercibida, lo que hace que se confundan conceptos complejos como los referidos a los individuos, las masas y la sociedad.

tales como la conciencia de control de la realidad o el universalismo, y conocer su relación con las condiciones de vida de las personas y sus hogares.

En el presente trabajo presentamos, en una primera parte, los resultados de una encuesta realizada con el fin de explorar y analizar las relaciones entre las estructuras de valores y de creencias de las personas y su situación sociomaterial. Frente a los hallazgos de este estudio, lo que sería el esfuerzo por analizar los resultados nos obliga, en una segunda parte, a plantearnos un esquema de interpretación que consiste en una aproximación al tema de cultura y pobreza en Venezuela. Si bien este esquema se origina en el esfuerzo por comprender y exponer los resultados de la encuesta, su alcance va más allá de lo planteado por ella: si el análisis de datos explora en los individuos, la aproximación propuesta versa sobre la sociedad venezolana.



PARTE UNO

ANÁLISIS DE DATOS
DE LA ENCUESTA DEL
PROYECTO POBREZA







LA ENCUESTA

Con el fin de explorar dentro del ámbito individual las orientaciones actitudinales de las personas, expresadas en sus valores y creencias, y las posibles relaciones con las condiciones de vida sociomateriales, se llevó a cabo un encuestamiento muestral a escala nacional donde, con la ayuda de un conjunto de proposiciones, la persona podía expresar su nivel de acuerdo o desacuerdo con éstas, reflejando así las creencias y los valores de la persona encuestada sobre asuntos puntuales. No obstante, la encuesta abarcó otro tipo de información además de la relacionada con las orientaciones actitudinales, como es el caso de la estructura del hogar y la historia laboral de la persona, que potencialmente pueden en un futuro vincularse a la temática que nos ocupa.

Para los aspectos técnicos de la encuesta remitimos a uno de los documentos publicados por el Proyecto Pobreza que recopila esta información². A efectos de este trabajo, tan sólo vamos a referirnos a lo fundamental. La muestra representa, para la fecha en que se realizó el encuestamiento, entre 1997 y 1998, a la población mayor de 18 años, siendo representativa a escala nacional, regional y de los dominios de estudio. El tamaño de la muestra fue representativa de 12.842.263 individuos que constituían el universo a estudiar. La información recogida constaba de 11 temas: situación socioeconómica, composición del hogar, situación laboral, historial laboral, percepción de la situación socioeconómica, consumo y riqueza, marcos cognoscitivos, preferencias valorativas, estructura familiar del entrevistado y asociatividad.

Nuestra intención al analizar esta información es explorar a escala individual la existencia de orientaciones y de actitudes personales cónsonas con el principio fundamental de la modernidad, y que son un requerimiento para la superación de la pobreza: básicamente, la capacidad del hombre de poder actuar y transformar su entorno. Por esto, una buena parte de las preguntas sobre el marco cognoscitivo de la persona apunta a determinar cómo ésta percibe la relación entre la acción y los resultados obtenidos, con miras a dimensionar, de alguna manera, cómo la persona concibe la posibilidad de intervenir en su entorno y obtener algún resultado.

Otro conjunto de preguntas se dirige a explorar el modo en que las personas orientan sus acciones, en la medida en que una de las ideas de la modernidad es la separación del mundo personal –regido por las relaciones afectivas y difusas del mundo societal– con relaciones normadas y universalistas.

Por último, había interés en destacar el rol de la confianza en la creencia de que otros (personas o instituciones) puedan representar los intereses propios fuera del entorno social inmediato. La valoración de este tipo de datos viene exigida por el hecho de que la confianza constituye un factor básico para el desarrollo de la asociatividad y la generación de capital social.

A partir de la síntesis estadística de estos tres elementos (control sobre la realidad, preferencias valorativas y confianza) se elaboró una tipología que constituye un intento de clasificar a la población según la modernidad de sus orientaciones actitudinales.

2

Documento n° 12 de la colección *La pobreza en Venezuela. Causas y posibles soluciones*.

3

Para una exposición más completa sobre los métodos que permitieron la construcción estadística de estas tipologías, remitimos al anexo sobre las metodologías factoriales al final de este trabajo.



Nuestra intención al analizar esta información es explorar a escala individual la existencia de orientaciones y de actitudes personales cónsonas con el principio fundamental de la modernidad, y que son un requerimiento para la superación de la pobreza: básicamente, la capacidad del hombre de poder actuar y transformar su entorno. Una persona actúa y transforma su entorno para garantizarse un mejor nivel de vida y no estar a la disponibilidad de otros (Dios, Estado, suerte...) La modernidad es clave para superar la pobreza.

LOS TIPOS CULTURALES

Asumiendo las dimensiones de la cultura exploradas en este estudio –las creencias que orientan las actitudes de las personas hacia la realidad que los rodea– se procedió al diseño de una tipología cultural, que agrupara a los individuos en tipos con una consonancia interna que fuera suficiente para describir dicho tipo como un grupo característico dentro de la población, y a su vez los diferenciara claramente de los otros tipos.

Para la construcción final de la tipología cultural se utilizaron tres tipologías temáticas que, conceptual y estadísticamente hablando, sustentan la tipología cultural. Desde el punto de vista conceptual constituyen los ejes sobre los cuales se entiende la modernidad a escala individual, a saber:

- la convicción de poder intervenir sobre nuestro entorno;
- la confianza en los otros y en las instituciones;
- un conjunto de valores que orientan las acciones hacia el universalismo, la neutralidad afectiva, la valoración del otro por el desempeño, la especificidad y la orientación hacia la colectividad.

Desde el punto de vista estadístico, estas tipologías intermedias sirvieron luego para conformar la tipología final de los tipos culturales³.

EL LOCUS DE CONTROL

La primera de estas tipologías temáticas se refiere a la instancia a la que el individuo atribuye la producción de la realidad, o la autoría de los cambios que afectan la vida del individuo: el “**locus**” de control. Este locus puede distinguirse de acuerdo a si está o no al alcance del individuo. Podemos entonces diferenciar dos tipos: *el locus externo* y *el locus interno*. En el primer caso, **el locus de control externo**, el individuo ubica dicha instancia fuera del alcance de su voluntad. En esta perspectiva, por lo tanto, el individuo reconoce en sí poca o ninguna capacidad de incidir en su entorno y en su situación. En el segundo caso, **el locus de control interno**, el individuo reconoce que él mismo es la instancia, o una de las instancias, que tiene la capacidad de provocar cambios en las situaciones que le rodean. La realidad depende por lo tanto de la acción del individuo. A partir de cada uno de estos tipos de locus se deducen algunas reflexiones que describen la orientación del individuo (De Viana, 1998: 6):

- En el caso del *locus externo*, la realidad es ininteligible y presenta cierto grado de incomprensibilidad, pues la producción de cambios sobre ella depende de instancias “más capaces” que el individuo o lo social: el destino, Dios, el azar. Al no responder la realidad a la acción humana, ésta pierde méritos como productora de cambios; el esfuerzo sólo tiene sentido para sostener una condición y no para alterarla. Así el mundo es por naturaleza injusto: la justicia sólo es posible en la medida en que esas instancias favorezcan a los individuos.
- Cuando prevalece *el locus de control interno* la lógica es otra. El individuo tiene la capacidad de entender, parcial o totalmente, el modo en que funcionan las cosas y reconoce que tiene la capacidad de producir cambios en este funcionamiento. No es la dificultad de entender el mundo la que inhibe el deseo de cambio. Todo lo contrario, la convicción de que la dificultad puede ser racionalizada, y por ende solucionada, es la que mueve la acción de las personas. El esfuerzo se orienta entonces a producir cambios. La acción humana y colectiva tienen sentido, entre otras cosas, para crear justicia.

Más que una polarización entre dos alternativas, la realidad de estas posiciones que tienen los individuos en torno a la autoría del cambio se presenta como una línea continua con gradaciones entre ambos extremos, por lo cual hay espacio para considerar posiciones matizadas, pues las personas no se corresponden totalmente con uno u otro tipo de locus de control. Según las circunstancias y las situaciones, las actitudes de las personas presentan tendencias hacia alguno de los dos tipos. Esta matización de posiciones en torno al locus de control se vio reflejada en la variedad de respuestas y de tipologías resultantes, partiendo de aquellos ítems que trataban el tema del locus de control. De esta manera, y frente a los resultados

de la encuesta, para cada extremo de la dicotomía del locus de control podemos desagregar por lo menos dos tendencias: una que representa la tendencia más “pura” de la dicotomía, y otra que representa la tendencia “mixta” de la dicotomía.

Para quienes reconocen un alto nivel de control sobre la realidad, es decir donde prevalece el locus de control interno, podemos diferenciar dos matices. Un primer matiz referido a quienes atribuyen este control a la acción individual (**control individual**); y un segundo matiz conformado por quienes atribuyen el control a instancias más colectivas como el país o la sociedad en general (**control interdependiente**), donde el énfasis del control ya no recae sobre el individuo sino sobre los individuos organizados en instancias sociales.

Para quienes reconocen un bajo nivel de control sobre la realidad, el predominio del locus de control externo, un primer matiz identifica a quienes asignan la causalidad del cambio a factores extrasociales como la suerte o el destino (**control metasocial**) donde ninguna instancia individual o colectiva tiene capacidad de control; y un segundo matiz a quienes atribuyen el cambio a factores sociales colocados más allá de la esfera individual (**control dependiente**).

Hay que establecer una diferencia entre este último y el control interdependiente descrito más arriba, pues aunque ambos casos corresponden a las tendencias “mixtas”, se presentan disimilitudes entre ellos.

La diferencia entre el control dependiente y el control interdependiente radica en que, si bien ambos matices atribuyen la capacidad de cambio a instancias sociales, la relación de estas instancias con la esfera individual cambia. Los interdependientes reconocen el control sobre su entorno inmediato pero ven que la acción de otros agentes sociales interviniendo sobre el entorno social puede, a la postre, condicionar la acción individual. El individuo tiene capacidad de control pero eventualmente ésta puede verse afectada por ciertas instancias sociales. En el caso de los dependientes, la situación personal es atribuida a la acción de estas instancias sociales, y la capacidad individual de controlar el entorno es excedida por la acción de estos entes. No es el individuo quien controla la situación sino el gobierno o los grupos poderosos.

Al construir estos cuatro grupos mediante técnicas de estadística multivariable, la clasificación de la población en cuanto a su percepción del control, quedó distribuida porcentualmente de la siguiente manera:


Tabla 1:
Clasificación de la población encuestada según el locus de control

CONTROL SOBRE LA REALIDAD	LOCUS DE CONTROL	ATRIBUCIÓN DEL CAMBIO	TIPO DE CONTROL	PORCENTAJE
ALTO	INTERNO	A LA ACCIÓN INDIVIDUAL	INDIVIDUAL	22,9
		A INSTANCIAS SOCIALES (CONDICIÓN)	INTERDEPENDIENTE SOCIAL	18,7
BAJO	EXTERNO	A INSTANCIAS SOCIALES (ATRIBUCIÓN)	DEPENDIENTE	37,3
		A FACTORES EXTRASOCIALES	METASOCIAL	21,1

Para captar las diferencias entre estos cuatro grupos, las ilustraremos con datos del mismo encuestamiento. El 90% de los **metasociales** está de acuerdo, parcial o totalmente, con la aseveración siguiente: “La mayoría de las veces pasan cosas que no dependen de nosotros”. Frente a esta misma pregunta, el porcentaje de acuerdo para los **dependientes** es de 89%. Para los **interdependientes** y los **individualistas** este porcentaje es del 70% y 66% respectivamente. Este dato nos refleja que, a pesar del modo como ha sido identificado este grupo, los individualistas presentan también, y de manera notable, un rasgo de control externo. Lo que realmente hace “individualista” a este grupo es su nivel de desconfianza frente a las otras personas y las instituciones.

Para ilustrar las diferencias entre los **dependientes** y los **interdependientes** observaremos los resultados frente a la frase: “Haga lo que haga, sólo los ricos pueden controlar el destino del país”. Los **dependientes** están de acuerdo en un 74%, mientras que sólo el 45% de los **interdependientes** respondió afirmativamente, siendo notoria la diferencia en el grado de dependencia de cada grupo frente a otros grupos.




*“Haga lo que haga,
sólo los ricos pueden
controlar el destino
del país”.*



El interés con la identificación del locus de control se da porque es típica de las sociedades modernas la importancia atribuida a una mayor difusión de patrones de conducta fundamentados en la convicción de que es posible intervenir con éxito en el entorno social, a través del uso del conocimiento y de la tecnología (social, gerencial, industrial...) para inducir cambios en el mismo.

Por otra parte, la difusión de patrones no modernos –como el locus de control externo– amerita una aproximación más pensada que el simple hecho de decir que es propia de sociedades no modernas, puesto que si las personas no están en capacidad de manejar o crear dicho conocimiento o técnicas, no tienen tampoco capacidad de inducir cambios. Por el momento, sabemos que el 23% está convencido de que la realidad responde a la intervención de la acción humana, el 56% se maneja entre parámetros de que el cambio tiene algo que ver con instancias sociales, donde la acción individual es, según el caso, capaz de modificar en algo la realidad; y el 21% no cree que las situaciones respondan a la intervención humana. Tomando en cuenta el porcentaje de aquellos que tienen un control bajo de la realidad (38%), podemos notar que coincide bastante con las personas que declaran tener poco o ningún control sobre su vida en el estudio realizado por Zapata (1996) donde este porcentaje es del 34%.



LAS PREFERENCIAS VALORATIVAS

Una segunda tipología se utilizó para caracterizar a los individuos en torno a **sus preferencias valorativas**, es decir al modo en que valoran y evalúan las acciones que se llevan a cabo fuera de su entorno personal. Funcionan en cierta medida como los parámetros que regulan el modo de actuar de la persona. Bien sabemos que el modo de actuar de las personas se fundamenta en gran medida en las particularidades de los contextos: no pretendemos que una persona valore bajo los mismos parámetros su mundo familiar y sus relaciones de trabajo. Ahora bien, el modo de establecer estas preferencias en una sociedad moderna parte del hecho de que existe una clara división entre el mundo de lo personal y el mundo público donde, en nuestro caso, nos interesa explorar esta orientación hacia lo público. Es lógicamente esperable que dentro del mundo personal, un individuo oriente sus acciones según sus apreciaciones subjetivas y afectivas de las situaciones; sin embargo en un espacio público, en especial si es moderno y, por consiguiente, diferenciado y estructurado por normas objetivas, lo deseable es que la persona oriente sus acciones sin preferencias afectivas, y de acuerdo a las normas del espacio público en cuestión. Dicha división significa, desde el punto de vista de la acción personal, que la persona establece una distinción entre el actuar en el mundo personal y el actuar en el mundo de lo público.

¿Qué responden los venezolanos a la solicitud de un amigo que le pide que viole una pequeña norma para hacerle un favor? En Venezuela el 61% violaría la norma por hacerle el favor al amigo. En Francia, lo haría el 46%, en Estados Unidos el 43%, en España el 39% y en Suiza, sólo el 32%. No somos suizos. El punto aquí es que la violación de la norma, el "favorcito", resulta más efectivo que su cumplimiento. El familismo no es una condición innata es un producto de contextos institucionales y normativos.

Hay que hacer notar el significado que se le da a lo público en este contexto. No se trata de aquellos espacios que son injerencia directa del Estado, donde lo público equivale a lo gubernamental o lo oficial. Tal como aquí es entendido, lo público está constituido por los entornos colectivos y sociales en los que se desarrolla la vida del individuo más allá de la esfera familiar o personal inmediata. Son los espacios del mundo laboral y del mundo asociativo. Es lo que podemos definir como la “calle”, como un opuesto de la “casa”.

Estas distinciones toman la forma de un conjunto de dicotomías que describen el modo en que el individuo decide actuar: de un lado, las orientaciones propias del mundo familiar y personal, del otro las orientaciones esperadas en un contexto público y colectivo. Uno de los modos más comunes para establecer estas dicotomías viene del sociólogo Talcott Parsons, cuyo pensamiento sobre este tema resumimos en el esquema siguiente:

Tabla 2: Clasificación según las dicotomías valorativas

DESCRIPCIÓN DE LA DICOTOMÍA		ÁMBITO PÚBLICO / MODERNO	
	ÁMBITO FAMILIAR / PERSONAL		
<i>AFECTIVIDAD</i>	GRATIFICACIÓN INMEDIATA DE LOS DESEOS Y NECESIDADES SUBJETIVAS	DIFERIMIENTO DE LA GRATIFICACIÓN A FAVOR DE EXIGENCIAS O NECESIDADES COLECTIVAS	<i>NEUTRALIDAD AFECTIVA</i>
<i>PARTICULARISMO</i>	LOS CRITERIOS GENERALES PARA EVALUAR SON DEJADOS DE LADO PARA FAVORECER LA RELACIÓN PARTICULAR CON EL ACTOR O LA SINGULARIDAD DE LA SITUACIÓN	LOS ACTORES Y LAS SITUACIONES SON JUZGADOS DE ACUERDO A CRITERIOS GENERALES APLICABLES A TODOS LOS ACTORES O SITUACIONES SIMILARES	<i>UNIVERSALISMO</i>
<i>ADSCRIPCIÓN</i>	SE ESTIMA AL OTRO DE ACUERDO A LO QUE ES Y A SUS ATRIBUTOS SUBJETIVOS	LA ESTIMA ES OTORGADA SEGÚN EL RESULTADO DE LA ACCIÓN DEL OTRO Y LO QUE HACE	<i>DESEMPEÑO</i>
<i>DIFUSIVIDAD</i>	LAS PERSONAS SON CONSIDERADAS EN SU TOTALIDAD Y UNO SE INTERRELACIONA CON ELLAS DE MANERA TOTAL	EL MODO DE RELACIONARSE CON LOS OTROS ES TOMANDO EN CUENTA UN ASPECTO DE SU SER Y DE SU ACCIÓN	<i>ESPECIFICIDAD</i>
<i>ORIENTACIÓN HACIA SÍ</i>	LA PERSONA DECIDE ACTUAR DE ACUERDO A OBJETIVOS PERSONALES	LA ACCIÓN ESTÁ ORIENTADA POR LOS INTERESES COMPARTIDOS CON LOS OTROS	<i>ORIENTACIÓN HACIA EL COLECTIVO</i>



Podemos decir que cerca del 70 u 80% de los venezolanos no expresa confianza en las personas que no son de su entorno íntimo.

A efectos de la Encuesta del Proyecto Pobreza, estas dicotomías fueron también evaluadas con la ayuda de un conjunto de situaciones hipotéticas y proposiciones, donde el encuestado tenía que expresar su acuerdo o desacuerdo con una situación planteada. Por ejemplo, frente a la proposición: “En asuntos de trabajo se debe dejar de lado a las amistades y la familia”, tenemos que el 68% está de acuerdo, total o parcialmente, mientras que 31% está en desacuerdo en algún grado (existe el 1% que no responde). No es el simple análisis de una cuestión como esta la que determina en qué lado de las dicotomías se coloca la persona —en este caso, en referencia al particularismo vs. el universalismo— sino más bien el análisis en conjunto de las 31 proposiciones. De hecho la lectura individual de las proposiciones puede presentar variantes que deben ser tomadas en cuenta. En el caso del ejemplo citado, tenemos que existe el 68% que en las relaciones laborales decide dejar de lado las relaciones personales, lo que sería un indicador de universalismo; sin embargo, se debe tener presente que una buena parte de la fuerza laboral —la economía informal— tiene superpuesto el mundo familiar y laboral.

En el momento de trabajar con las herramientas estadísticas, para evaluar y sintetizar la información sobre las preferencias valorativas de las personas, y clasificarlas de acuerdo a la información recabada, nos encontramos con que cuatro dicotomías se comportaron de manera semejante, es decir las tendencias orientadas hacia los espacios públicos y las orientadas a los espacios privados se correspondían entre las cuatro dicotomías. Por otra parte, se encontró que la variable que generaba comportamientos diferenciales era la dicotomía en torno a la adscripción y al desempeño, polarizando a la población de manera más contundente que las otras cuatro categorías. Esta orientación particular se debe a que la dicotomía adscripción-desempeño señala el modo en que se evalúa al otro, mientras que las otras cuatro dicotomías apuntan hacia la regulación social. Considerando entonces esta doble información, la población quedó clasificada de la siguiente manera:

4

La situación exacta es que un doctor de una compañía de seguros examina a un amigo y le encuentra uno o dos problemas médicos de poca importancia. ¿Tiene el amigo derecho a esperar que el doctor maquille el informe por tratarse de él?



Tabla 3:
Clasificación de la población según la regulación de la acción

REGULACIÓN DE LA ACCIÓN	EVALUACIÓN DE LOS OTROS	TIPO DE PREFERENCIA VALORATIVA	PORCENTAJE
TRADICIONAL	SEGÚN LA ADSCRIPCIÓN	TRADICIONAL	18,5
	SEGÚN EL DESEMPEÑO	TRADICIONAL MODERADO	47,7
MODERNA	SEGÚN LA ADSCRIPCIÓN	MODERNO MODERADO	11,2
	SEGÚN EL DESEMPEÑO	MODERNO	22,7

De esta manera podemos resaltar que existe una orientación netamente tradicional que abarca al 19% de la población, las orientaciones moderadas cubren el 59%, y las propiamente modernas el 23%. Tanto en el caso del locus de control como en el de las preferencias valorativas, podemos afirmar que los tipos no puros (interdependiente y dependiente en el locus de control, y los moderados en las preferencias valorativas) corresponden de alguna manera a ciertas particularidades de la sociedad venezolana en cuanto a su carácter de una sociedad a medio camino hacia la modernidad.

Estos datos pueden ser contrastados con los obtenidos en otros estudios. En el trabajo de Trompenaars y Hampden-Turner (1998) se plantea una situación en la cual una persona debe inclinarse por hacerle un favor a un amigo o apegar a las normas⁴. Allí se concluye que en Venezuela el 39% se apegaría a las normas. En una de las preguntas de la Encuesta del Proyecto Pobreza de carácter más o menos similar (asignar un empleo a un conocido o a alguien con experiencia) se muestra que el 46% se inclinaría por aplicar normas universalistas. El primer estudio citado compara los porcentajes en Venezuela, con los obtenidos en otros países al pasar la misma pregunta. Algunos resultados fueron: 36% en Egipto, 44% en Corea del Sur, 52% en Nigeria, 54% en Francia, 57% en Estados Unidos, 61% en España y 68% en Suiza. En este mismo estudio se explora cómo las personas evalúan a un buen jefe, si como un buen padre, o como quien hace bien su trabajo. En el caso de Venezuela encontramos que la primera opción abarca el 41%, semejante al porcentaje obtenido en países culturalmente tradicionales como

Una parte importante de la desconfianza hacia la representatividad política, tiene sus raíces en el modo de funcionamiento de las instituciones en la sociedad venezolana y, entre ellas, la responsabilidad sobre el Estado es enorme. La institución que debería imponer la orientación moderna de los espacios públicos, a saber, el Estado es la primera en la cual se generan lazos clientelares. Son los espacios públicos los principales nichos de no-modernidad.



Egipto, Nepal o Singapur. Los autores de este trabajo comentan que es la cultura familiar la que hace que las personas se inclinen por valorar al jefe por sus características personales (la de comportarse como un padre) por encima del logro en el cumplimiento de su rol (ser un buen gerente).

En otro punto de este estudio se encuentra que sólo el 44% de los venezolanos piensa que la razón de ser de una estructura organizacional es que cada uno sepa cómo son distribuidas y coordinadas las diversas funciones. Aquí Venezuela presenta el menor porcentaje entre los países estudiados.



LA CONFIANZA

La tercera y última tipología temática se refiere a **los niveles de confianza** de las personas, es decir, a la posibilidad de aceptar que otras personas o instancias, que están más allá del ámbito familiar, representen sus propios intereses. Lo cual está estrechamente relacionado con la credibilidad que una persona otorga a otras personas, así como a las instituciones.

Pensando en la credibilidad otorgada a otras personas, la confianza es un lazo importante en el momento de generar espacios asociativos que permitan la creación y la acumulación de capital social, entendiendo por éste la capacidad de las personas de obtener beneficios como resultado de sus relaciones sociales y de su contacto con otras personas e instituciones. Un ejemplo de capital social puede observarse en el mundo del trabajo formal donde la persona, gracias a las redes de relaciones en las cuales se inserta, puede obtener beneficios tales como el mejoramiento de sus habilidades, un mejor y más efectivo desempeño en sus labores, acceso a fuentes de conocimiento e, incluso, protección social. Un ejemplo “perverso” del capital social se da, siguiendo el mismo ejemplo, cuando dicha persona usa estas redes para actuar de manera egoísta y en perjuicio de otras personas.

La credibilidad de las instituciones es primordial para el funcionamiento de una sociedad moderna y democrática, pues gran parte de la actividad pública reposa sobre la noción de que las instituciones representan a las personas. Siendo que en principio las instituciones modernas son reguladas por leyes, y por lo tanto sus acciones y decisiones pueden ser anticipadas, las mismas deberían generar confianza en la población, a diferencia de las relaciones personalizadas caracterizadas por la subjetividad de los ánimos individuales, los juicios de valor y las necesidades personales.

Sólo el 18% de los encuestados por el Proyecto Pobreza cree que alguien que no sea un familiar puede velar por los intereses propios (en el estudio de Zapata, el 17% considera que se puede confiar en la gente); el 68% está muy de acuerdo con que siempre hay alguien que se aprovecha de los demás (Zapata encuentra que el 60% cree que la gente hace favores con alguna intención), pero el 40% no cree que el unirse con la gente traiga problemas. En resumen, podemos decir que cerca del 70 u 80% de los venezolanos no expresa confianza en las personas que no son de su entorno íntimo.

Las lecturas de estos datos pueden ser divergentes pero sin duda alguna para los venezolanos no es fácil otorgar confianza a los demás, entre otras razones, porque piensan o saben que alguien puede aprovecharse de ellos. Por esto, al tratar el tema de la confianza del venezolano, estamos más bien hablando de su desconfianza.

A pesar de esta desconfianza generalizada, alguna gente no ve como problemática la asociación con otros: el 41% de la gente que está muy de

acuerdo con que hay otros que quieren aprovecharse de uno, están al mismo tiempo en desacuerdo con que la unión con otros sea problemática. No es recomendable hacer teoría sobre un dato aislado, pero nuestra percepción es que la gente piensa que si ellos deciden con quién asociarse, evitando a la gente aprovechadora, no habría mayores problemas. Por otra parte pareciera, por el dato señalado anteriormente, que quizás la gente no ve en este tipo de asociación una representación de intereses, es decir, la gente cree en la asociación siempre y cuando ésta no sea política y partidista; están dispuestos a asociarse, pero para otras cosas. Esta particularidad del venezolano, también compartida con otras latitudes, es ampliamente reseñada en otros estudios de opinión, como por ejemplo el realizado por Conciencia 21 (Zapata: 1996).

Es muy probable que este dato no refleje tanto la cultura del individuo como la cultura de la vida institucional, o mejor dicho, el reflejo de las instituciones en la cultura individual; puesto que, después de todo, las instituciones, por la vía de la socialización, son formadoras de cultura, sobre todo de la cultura cívica entendida como el conjunto de actitudes, valores y creencias que orientan correctamente la acción de las personas en los espacios públicos.

Una parte importante de esta desconfianza, incluyendo la desconfianza hacia la representatividad, tiene sus raíces en el modo de funcionamiento de las instituciones en la sociedad venezolana. Al momento de hacer alusión al problema de las culturas no modernas en el ámbito organizacional, viene a la mente la administración pública. El asunto no es justamente el funcionamiento organizacional del sector público, sino el desenvolvimiento de los espacios públicos. En un ambiente coherentemente moderno, estos espacios deberían estar orientados por valores como el universalismo, la neutralidad afectiva, la especificidad, la evaluación por el desempeño, y la orientación colectiva; deberían garantizar, con el respaldo de un sistema jurí-

Los rezagados explican sus situaciones, lo que les ocurre o lo que les pueda pasar en términos tales como la suerte, Dios o el destino. Casi el 75% cree que las oportunidades llegan, no se buscan, o que el rumbo de la vida está ya escrito. El 94% de ellos piensa que cuando alguien alcanza una posición importante debe ayudar a sus amistades y el 70% no está de acuerdo con que en los asuntos del trabajo se deje de lado a la familia. Presentan niveles altos de desconfianza: casi un 75% piensa que unirse con las personas trae problemas.

Los tutelados creen que su situación puede cambiar si alguien los ayuda. Un 81% cree que si se participa en un partido político es para que “éste colabore con uno”.



Los emancipados dependen en parte de personas e instituciones; pero creen que pueden por sí mismos cambiar en algo la situación personal y familiar. Por ello hasta un 60% creen que las leyes no deberían ser tan rígidas... ¿para adecuarse a sus necesidades particulares?

El lema de **los movilizados** es “querer es poder”. Representa sólo el 4% de la población. Muchos no-pobres creen, ingenuamente, que este tipo de creencias son las únicas que sacan a los individuos de la pobreza.

Los modernos: Los “integrados” se diferencian de los “desarraigados” porque confían en las personas y en las instituciones del país. Pero poseen creencias modernas desde el punto de vista social y psico-social. Son el grupo más grande de la tipología construida. Pero del total del país son sólo 3 de cada 10.

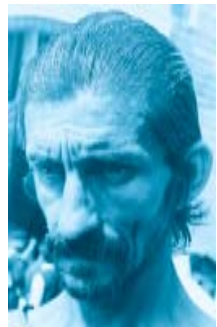
dico y punitivo, las relaciones de confianza entre los ciudadanos, y entre estos y el Estado. Por lo contrario, el manejo de las relaciones en los espacios de encuentro entre el Estado y el ciudadano están teñidos de los valores opuestos. La desconfianza de los venezolanos ante los espacios que deberían representar los viene, precisamente, porque estos espacios se comportan de tal manera que la representación ciudadana viene, no por un derecho ciudadano, sino por los vínculos personales o la disposición a retribuir la relación.

De esta manera, la institución que debería imponer la orientación moderna de los espacios públicos, a saber, el Estado y sus expresiones orgánicas, es la primera en la cual se generan lazos clientelares. Es aquí donde puede verse el abismo que separa al Estado venezolano del resto de la sociedad. Mientras que en la sociedad existen espacios con orientaciones modernas —y no sólo pensamos en lo privado empresarial, sino también es espacios como las asociaciones, la vida familiar, ámbitos laborales— son los espacios públicos los principales nichos de no-modernidad en la sociedad venezolana. Por esto, el tema de la confianza hacia lo público en la sociedad venezolana puede describirse mejor en términos de desconfianza.

La tipología de los niveles de confianza se construyó a partir de la clasificación de los individuos con base a la información referente a la confianza, dando como resultado tres grupos que contienen tres niveles diferentes de desconfianza, cada uno con aproximadamente un tercio de la población:

Tabla 4:
Clasificación según nivel de desconfianza

NIVEL DE DESCONFIANZA	PORCENTAJE
ALTA	31,25
MEDIA	34,93
BAJA	33,82



LA TIPOLOGÍA FINAL

De esta manera contamos con tres tipologías, sustentada cada una de ellas en temas que son fundamentales para investigar las orientaciones modernas a escala individual, y las cuales servirán de base para construir una tipología sintética. Además cada una de estas tipologías temáticas se refieren a tres ejes dinámicos diferentes: el locus de control al eje psicosocial; las preferencias valorativas al eje social y los niveles de confianza al eje político-institucional.

Un método para construir dicha tipología de orientaciones actitudinales hubiera sido el cruce de estas tres variables, que al final hubiera dado unas 48 clases tipológicas (cuatro clases de locus de control por cuatro clases de preferencias valorativas por tres clases de niveles de confianza). El problema es que estas construcciones “automáticas” suelen dar clases poco representativas del universo en cuestión, ya que algunas de estas 48 clases pudieran abarcar solamente a unos pocos individuos. Por esto se consideró más apropiado el uso de métodos factoriales y de clasificación, para generar la tipología final.

De esta manera se constituyen seis tipos culturales que caracterizan al universo en cuestión. De estos tipos podemos identificar uno con mayor tendencia a lo moderno –el integrado– y otro que se presenta como el menos moderno –el rezagado–. El resto de los tipos, si bien tienden hacia alguno de los polos, por lo general poseen características mixtas. Entre paréntesis se señala el porcentaje que cada tipología representa dentro de la población encuestada.

- **Rezagados** (27,6%). Dentro de los prototipos, es el que representa prácticamente la negación de la modernidad o, en todo caso, el que se encuentra más alejado de ella. Se atribuyen a sí mismos un control muy bajo sobre la realidad, y explican las situaciones en términos tales como la suerte, Dios o el destino. Casi el 75% cree que las oportunidades llegan, no se buscan, o que el rumbo de la vida está ya escrito. Tienen una tendencia bastante clara a favorecer las orientaciones no modernas como la difusividad, el particularismo, la orientación hacia sí mismo, la afectividad, y la valoración de los otros por su adscripción. El 94% de ellos piensa que cuando alguien alcanza una posición importante debe ayudar a sus amistades; el 70% no está de acuerdo con que en los asuntos del trabajo se deje de lado a la familia. Presentan niveles altos de desconfianza: casi un 75% piensa que unirse con las personas trae problemas, y un 95% cree que todo el mundo quiere participar pero nadie quiere trabajar. Se les considera rezagados, puesto que sus creencias no han sido casi afectadas por la modernización de la sociedad venezolana.

- **Tutelados** (10,9%). Es un grupo similar al anterior, sobre todo en sus preferencias valorativas. Se atribuyen también a sí mismos poca capacidad de incidencia sobre la realidad, pero ubican el control en las instancias sociales, un control de tipo dependiente. El 69% piensa que las oportunidades llegan, pero el 79% considera que para lograr algo se necesita siempre la ayuda de alguien. Presentan niveles medios de desconfianza, y sus orientaciones valorativas son menos no-modernas que el grupo anterior. El 95% piensa que cuando alguien alcanza una posición importante en ámbitos no personalizados debe ayudar a sus amistades, y un 81% cree que se participa en un partido político para que éste “colabore con uno”. Para ellos, la tutoría del Estado o de cualquier otra organización pública, es importante para cambiar su situación.
- **Emancipados** (25,2%). Comparte con el grupo anterior la concepción dependiente del control social y la desconfianza, presentando orientaciones más cercanas a la modernidad, particularmente en cuanto a la valoración por el desempeño. El 62% piensa que las oportunidades llegan, no se buscan; pero sólo el 60% considera que las leyes no deberían ser rígidas, pues siempre es necesario hacer excepciones. La idea de llamarlo emancipado viene por el hecho de que, a pesar de poseer algunas orientaciones no modernas, las personas pertenecientes a este grupo se atribuyen cierto grado de control sobre la realidad.
- **Movilizados** (4,2%). Es el grupo que presenta menor tamaño. La principal diferencia con los grupos anteriores está en que reconoce un control interno de los cambios, de tipo individualista. El 60% de este grupo no cree que el rumbo de la vida sea incambiable. Presentan niveles medios de desconfianza. Sin embargo sus orientaciones valorativas apuntan hacia lo tradicional moderado. En cierto sentido, es el grupo que se encuentra en plena transición de lo no moderno a lo moderno.



- **Desarraigados** (19%). Junto a la clase siguiente, es uno de los grupos con orientaciones claramente modernas, pues reconoce un control interno del cambio, con niveles bajos de desconfianza y orientaciones valorativas modernas “puras”. Su orientación a la modernidad es clara, a pesar de que condicionan en cierta medida su acción a la acción de otros actores sociales. Su poca confianza hacia las instituciones los hace desarraigados y con una orientación marcadamente individual.
- **Integrados** (13,3%). Es la otra clase plenamente moderna, que presenta claras tendencias en sus preferencias valorativas, y se atribuye un buen nivel de control sobre la realidad, que apunta a un control de tipo individualista. A pesar de ello, posee cierto grado de confianza hacia las personas y las instituciones.

Con el objetivo de describir de manera más detallada los rasgos de cada tipo cultural procederemos a una descripción estadística que nos mostrará, en un primer momento, cómo se comportan los tipos culturales con relación a las tipologías temáticas de control, confianza, y preferencias valorativas. Aunque bien sabemos que a partir de ellas se definen los tipos culturales, presentaremos algunas consideraciones sobre las relaciones entre estas tipologías. De esta manera podremos observar cuáles son los tipos parciales que mejor describen cada tipo cultural y entender mejor cada uno de éstos. Para esta descripción haremos uso de las tablas de contingencia.

El uso de tablas de contingencia, tablas que cruzan dos variables, tiene la ventaja de ser sencillo para analizar y reflejar directamente algo que nos interesa: no es sólo el grado de relación entre dos variables (tipo cultural con estrato social, por ejemplo) sino la relación entre las dimensiones de estas variables, por ejemplo entre los rezagados y el estrato pobre. Aunque las tablas de contingencia carezcan de la precisión de otras técnicas estadísticas más elaboradas –algunas de ellas construidas a partir de este tipo de tablas– nuestra atención va más hacia una aproximación exploratoria de estas relaciones; las tablas de contingencia nos permiten ver un detalle que en ocasiones se pierde en otras técnicas estadísticas. Aparte de estas razones, existe también el hecho de que nuestro interés es muy puntual. No es tanto combinar los tipos culturales con otros juegos de variables para encontrar el mejor juego que explique el fenómeno. Nos interesa también indagar en la relación que, supuestamente, debería haber entre los tipos culturales y otras variables.

La lectura de estas tablas, si bien es sencilla, merece una corta explicación para aprovechar bien el análisis. Para esto vamos a usar como ejemplo el mismo cuadro que queremos analizar.



Bien sabemos que hay una relación directa entre los tipos culturales y las tipologías parciales, pues los primeros son una síntesis de las segundas. Ahora bien, asumiendo por un momento que no hay relación probada entre la desconfianza y el tipo cultural, el cruce de ambas variables nos da los porcentajes señalados en la tabla siguiente. De no existir relación alguna entre estas dos variables, sería de esperar que la distribución de los grupos de desconfianza dentro de cada tipo cultural fuera aproximadamente similar al total: un tercio de la población para cada nivel de desconfianza. Esto debería ocurrir más o menos de esta manera, puesto que la ausencia de relación implicaría una distribución aleatoria de los casos, cuya suma en este ejemplo debería ser más o menos igual al total. Al notar que el 100% de los integrados presenta una desconfianza baja, mientras a nivel total esta proporción es sólo del 34%; o que el 97% de los tutelados presenta una desconfianza media, cuando para el total esta proporción es del 35%, podemos asumir que efectivamente hay una relación entre la desconfianza y el tipo cultural que, en este caso, es una relación artificial, pues el nivel de desconfianza intervino en la construcción del tipo cultural. La distribución aleatoria dentro del cuadro no es posible, ya que está determinada por las relaciones que existen entre las variables.

Cuadro 1:
Distribución porcentual de la población por las tipologías parciales según los tipos culturales

TIPOLOGÍAS PARCIALES	TOTAL	REZAGADOS	TUTELADOS	EMANCIPADOS	MOVILIZADOS	DESARRAIGADOS	INTEGRADOS
	27,60%	10,89%	25,16%	4,18%	18,91%	13,27%	
DESCONFIANZA	100	100	100	100	100	100	100
ALTA	31,25	76,74	3,37	30,05	27,02	5,12	
MEDIA	34,93	23,26	96,63	37,34	60,95	32,47	
BAJA	33,82			32,61	12,03	62,42	100,00
PREFERENCIAS	100	100	100	100	100	100	100
TRADICIONAL	18,35	45,29	3,43	17,06	11,78	3,56	
TRADICIONAL MOD.	47,93	54,69	96,49	52,21	61,21	35,32	0,18
MODERNO MOD.	11,11		0,08	11,71	8,63	19,84	30,34
MODERNO	22,61	0,02		19,01	18,38	41,28	69,48
CONTROL	100	100	100	100	100	100	100
METASOCIAL	21,11	31,96	48,34	23,34		6,38	
DEPENDIENTE	37,36	68,04	48,29	40,10		17,25	
INTERDEPENDIENTE	18,68		3,37	23,11	39,05	34,21	32,82
INDIVIDUAL	22,85			13,44	60,95	42,16	67,18

Un ejercicio diferente puede hacerse partiendo de la observación directa de un valor en una casilla. Tomemos como ejemplo el cruce entre los tradicionales moderados (de la tipología de preferencias) con el tipo cultural de los emancipados, donde la casilla correspondiente presenta un valor del 52%. Este dato pudiera ser muy llamativo, sobre todo considerando que existen cuatro tipos de preferencias, que sin embargo no se distribuyen de manera equitativa. El hecho es que para la distribución total de esta modalidad, el 47,9% de las personas corresponden a la modalidad de tradicional moderado. Dicho en otras palabras, el tipo cultural para este caso reproduce en buena medida la distribución total, por lo cual no aporta mayor información a la relación entre las preferencias y los tipos culturales. Sigamos con los tradicionales moderados para ilustrar el caso contrario. Si bien la distribución total es aquí de 47,9%, sólo un 0,18 % de este grupo aparece como integrado. Este dato es realmente revelador, pues sabemos muy bien que los integrados se caracterizan por su orientación moderna.

Analizando ahora el cuadro 1 en su conjunto, podemos notar como cada tipología temática tiene un peso particular dentro de cada tipo cultural, resaltado en dicho cuadro. Más que empezar por los tipos extremos, llama la atención el modo en que el grupo de los emancipados reproduce para cada tipología parcial prácticamente la misma distribución total. Este grupo es, junto a los rezagados, uno de los que contiene una mayor parte de la población; pero es también, junto a los movilizados, un tipo que por sus características pudiera ser un tipo “mixto” en transición: el hecho de que presente cualidades modernas y no modernas puede hablarnos del carácter transitivo de la sociedad venezolana.

El cuadro habla por sí mismo. Las modalidades de las variables fueron ordenadas de tal manera que los tipos culturales tienden a ser más modernos de izquierda a derecha, y las tipologías parciales presentan las modalidades asociadas a la modernidad hacia abajo. De esta manera se ve que a medida que se mueven los tipos culturales hacia la derecha, tienden a prevalecer las modalidades inferiores de las tipologías parciales.

No obstante, hacemos este ordenamiento exclusivamente para ilustrar los tipos culturales, pero somos conscientes de que en ningún momento pueden ser ordenados según su carácter más o menos moderno. Existen dos tipos “extremos” –los integrados y los rezagados– pero podemos observar que



en cada uno de ellos existen algunas pequeñas proporciones de preferencias valorativas que van en sentido contrario. Son tipos extremos, pero no puros. Los cuatro tipos medios, aunque se puede decir por ejemplo que los desarraigados presentan orientaciones más modernas que los tutelados, no siguen una lógica lineal, son tipos en transición.

El análisis se torna interesante en el momento de cruzar variables que no están relacionadas directamente con los tipos culturales, que no es el caso de las que hemos utilizado a manera de ejemplo.

Tomamos como hipótesis, que habría que verificar, que las condiciones de vida están relacionadas con las orientaciones actitudinales de la persona.



Las características que encierran las tipologías de orientaciones modernas, se originan en procesos de socialización del individuo donde la escuela, los lugares de trabajo, las redes de relaciones personales, la vida asociativa, los grupos a los que se pertenece, entre otros, juegan un papel crucial en la conformación de estas orientaciones. Las disponibilidades de recursos permiten acceder a ciertos espacios de socialización (escuela, trabajos, amigos, asociaciones, etc.). Pero como en las sociedades abiertas esos espacios no son rígidos, ni exclusivos, la relación no es únicamente clasista.

Lo primero que pudiera suponerse al momento de abordar un análisis sobre la relación entre estrato social y los tipos culturales es que debería haber una correlación positiva y relativamente clara entre ambas variables. La razón es que gran parte de las nociones que encierran las tipologías parciales sobre las orientaciones modernas (control sobre la realidad en particular, pero también las preferencias valorativas) tienen que ver con un proceso de socialización del individuo donde la escuela y otros agentes socializadores (lugares de trabajo, red de relaciones personales, vida asociativa...) juegan un papel crucial en la conformación de estas orientaciones. En otras palabras, el estrato social debería favorecer una mayor exposición a la modernidad.

El acceso a esta “exposición a la modernidad” se relaciona directamente con las capacidades socioeconómicas del individuo y su familia pues implica la inversión de recursos, incluyendo tiempo libre y conocimiento. Los individuos no nacen modernos; es su interacción con estos mundos –el proceso de socialización– la que los hace modernos. Así como la socialización primaria –la interiorización de normas de conducta social en la personalidad psíquica de la persona para facilitar su integración en la vida social– es llevada a cabo por la familia y por la escuela primaria, en el caso de la socialización cívica –la integración de la persona en la dinámica societal dotándola de orientación hacia el colectivo– es la presencia activa de las instituciones sociales, empezando por la misma familia y la escuela en su totalidad, hasta los grandes espacios colectivos como el laboral o el público, la que proporciona al individuo estas orientaciones modernas.

En este sentido, la experiencia de modernidad de un individuo es capital para analizar las orientaciones actitudinales que se miden en este trabajo. Pero la idea de la modernidad no es simplemente la experiencia microsocia del individuo; a escala macrosocia la modernidad debe ser un proyecto de desarrollo, para que la modernidad sea un atributo generalizado en la población, y no una característica de algún grupo social en particular.

Por esto, el nivel educativo debe tener también una relación positiva con los tipos culturales: a mayor nivel educativo, el tipo cultural debe aproximarse a la modernidad. Por otro lado, el acceso a la educación debería dar instrumentos para el desempeño de la persona en términos de autonomía y de productividad. Es cierto que la relación no debe ser del 100%, pero debería ser lo suficientemente clara como para expresar estas nociones.

Al observar el comportamiento de la relación entre el estrato y el tipo cultural (cuadro 2) nos es posible notar que existe cierta relación positiva, sobre todo en las categorías extremas: los tipos culturales con orientación



Los individuos no nacen modernos; es su interacción con estos mundos –el proceso de socialización– la que los hace modernos. Así como la socialización primaria –la interiorización de normas de conducta social en la personalidad psíquica de la persona para facilitar su integración en la vida social– es llevada a cabo por la familia y por la escuela primaria, en el caso de la socialización cívica –la integración de la persona en la dinámica societal dotándola de orientación hacia el colectivo– es la presencia activa de las instituciones sociales, empezando por la misma familia y la escuela en su totalidad, hasta los grandes espacios colectivos como el laboral o el público, la que proporciona al individuo estas orientaciones modernas.

más moderna se corresponden en cierta medida con los estratos más favorecidos y viceversa. Notemos que en los estratos D y E se concentra el 55% de la población total, pero la proporción de estos estratos dentro del tipo cultural de los rezagados –el menos moderno– es del 62%, es decir, 7% mayor que la proporción total. En el caso de los estratos más pudientes –A y B– estos son el 14% del total. En el caso del tipo cultural de los integrados esta proporción supera ligeramente a la total para llegar al 18%, y en el caso de los desarraigados llega al 19%. Hasta este punto se puede notar la relación positiva entre los estratos y los tipos culturales, a pesar de no presentar un carácter contundente.



Cuadro 2:
Distribución porcentual de la población por variables socioeconómicas
según los tipos culturales

VARIABLES SOCIOECONÓMICAS	TOTAL	REZAGADOS	TUTELADOS	EMANCIPADOS	MOVILIZADOS	DESARRAIGADOS	INTEGRADOS
		27,60%	10,89%	25,16%	4,18%	18,91%	13,27%
ESTRATO	100	100	100	100	100	100	100
E	14,33	17,26	15,61	12,90	8,71	12,64	14,10
D	40,90	44,89	40,82	40,14	42,20	38,49	37,12
C	30,67	29,30	31,55	31,89	34,91	29,72	30,54
B	12,09	7,61	10,50	12,74	12,16	16,27	15,46
A	2,01	0,94	1,52	2,33	2,02	2,87	2,78
NIVEL EDUCATIVO	100	100	100	100	100	100	100
ANALFABETO	3,63	4,32	4,86	3,00	2,80	3,16	3,33
SIN NIVEL	9,17	12,73	8,52	8,28	6,11	7,77	6,95
PRIMARIA	44,20	48,53	46,23	42,49	41,93	41,70	41,03
SECUNDARIA	28,82	25,29	27,60	30,92	32,03	29,60	31,09
TÉCNICO	6,79	4,47	6,95	7,29	10,64	8,08	7,47
UNIVERSITARIO	7,39	4,66	5,84	8,02	6,48	9,69	10,14
TIPO DE VIVIENDA	100	100	100	100	100	100	100
RANCHO DESECHOS	2,95	2,94	2,67	2,37	3,65	2,85	4,21
RANCHO SÓLIDO	8,70	9,30	8,94	7,82	6,13	9,34	8,81
CASA DE BARRIO	43,73	48,01	37,35	44,43	48,43	42,54	38,96
CASA RURAL	21,80	24,35	30,02	20,60	15,61	17,21	20,49
BLOQUE	3,83	2,94	3,36	4,13	6,70	4,45	3,71
APARTAMENTO	8,23	5,32	7,38	8,54	8,48	10,97	10,40
CASA URBANIZACIÓN	8,01	5,80	8,15	8,56	7,76	9,07	10,04
APARTAMENTO DE LUJO	0,82	0,52	0,27	1,50	0,49	0,79	0,79
QUINTA	1,93	0,83	1,85	2,05	2,75	2,78	2,59

Una reflexión más detenida sobre las otras casillas de la tabla nos alerta que no hay correspondencia con la lógica presentada anteriormente. En el caso de los tutelados, quienes son el penúltimo tipo en orden decreciente de la orientación moderna, el 12% presente en los estratos A y B no está muy lejos del 14% total. Dicho en otras palabras, pareciera que los estratos A y B tienen tanto “tutelaje” como la media nacional. Para los desarraigados y los integrados, los dos tipos más modernos, el 51% en los estratos D y E no difiere significativamente del total. Vamos ahora a revisar la relación con otra variable: el nivel educativo.

Las observaciones son más o menos similares. El 65,6% de los rezagados no ha superado la primaria, cifra que, como es de esperar, supera el total (57%) sólo por 8%. Para el caso de los tipos culturales más modernos la relación es positiva con los niveles educativos superiores a la primaria: un 43% del total ha

pasado de la primaria; 49% en el caso de los movilizados, 47% en los desarraigados y 49% en los integrados. Sin embargo, el examen de las otras casillas nos da señales confusas. Para los tutelados, el porcentaje de gente con secundaria o más (13%) es casi el mismo que el total (14%). Es curioso que los porcentajes de analfabetismo y de gente sin nivel educativo en los desarraigados y los integrados no se muestren muy diferentes, no sólo del total, sino de otras clases no modernas como los tutelados.

Si leemos los porcentajes por categorías de nivel educativo, vemos que la variable, en efecto, escala. Es decir, a medida que vamos hacia tipos culturales más modernos, los niveles educativos más altos tienden a presentar porcentajes mayores y viceversa. En el caso de la primaria se ve claramente una tendencia lineal ascendente; a medida que el tipo es más moderno, menor porcentaje de población se concentra en dicho nivel. A partir de esta última observación pareciera que lograr niveles de escolaridad mayores a la primaria es crucial para el proceso socializador, posiblemente por la conformación mucho más universalista, incluso en términos organizacionales y docentes, tanto de la secundaria como de los otros niveles superiores: técnico y universitario. No obstante, sabemos también que quienes en mayor medida alcanzan estos niveles de instrucción no son precisamente los más pobres, ya que en general se requiere un mínimo de condiciones materiales para completarlos.

Si observamos la relación con otras variables relacionadas con el estrato socioeconómico, como es el caso del tipo de vivienda, las contradicciones siguen presentes. Si bien para los integrados el 13,4% que habita en casa, quinta o apartamento de lujo resulta lógico al superar el 10,8% total, es muy disonante que los desarraigados y los integrados tengan mayor proporción de gente viviendo en ranchos (12% y 13% respectivamente) que los rezagados (12%) y los tutelados (11%).

Esto nos llevaría a cuestionarnos la bondad de las actitudes modernas y su relación con los logros sociomateriales de los individuos. Es difícil negar esta relación, ya que incluso los críticos de la modernización la reconocen. El fundamento de su crítica es precisamente el individualismo y la orientación material de la modernidad. La revisión no habría que hacerla en los datos, o en el modo en que fueron recopilados; tampoco en la teoría, en el sentido en que ésta no funcione para explicar el caso venezolano. La revisión apuntaría en todo caso a explorar el modo en



A medida que vamos hacia tipos culturales más modernos, los niveles educativos más altos tienden a presentar porcentajes mayores y viceversa. En el caso de la primaria se ve claramente una tendencia lineal ascendente; a medida que el tipo es más moderno, menor porcentaje de población se concentra en dicho nivel. A partir de esta última observación pareciera que lograr niveles de escolaridad mayores a la primaria es crucial para el proceso socializador, posiblemente por la conformación mucho más universalista, incluso en términos organizacionales y docentes, tanto de la secundaria como de los otros niveles superiores: técnico y universitario.

Cuadro 3:
Distribución porcentual de la población por variables geosociales
según los tipos culturales

	TOTAL	REZAGADOS 27,60%	TUTELADOS 10,89%	EMANCIPADOS 25,16%	MOVILIZADOS 4,18%	DESARRAIGADOS 18,91%	INTEGRADOS 13,27%
TAMAÑO DEL CENTRO POBLADO	100	100	100	100	100	100	100
GRAN CARACAS	19,93	19,02	18,49	21,30	24,83	20,99	17,37
GRANDES CIUDADES	24,84	22,59	23,05	26,43	24,75	27,87	23,69
CIUDADES INTERMEDIAS	16,57	17,00	15,31	16,42	15,20	14,90	19,77
CIUDADES PEQUEÑAS	12,99	13,36	14,68	13,30	12,04	11,89	12,10
RESTO	25,67	28,03	28,47	22,55	23,18	24,35	27,07

que la modernización se ha llevado a cabo en Venezuela y su relación con las oportunidades sociomateriales. Dicho en otros términos, pensar la modernidad como el juego que debería hacerse entre la experiencia de lo micro y lo mesosocial con lo macrosocial. De esta manera, vamos a continuar explorando los aspectos descriptivos de los tipos culturales. Aunque es difícil lograr una explicación sobre qué es lo que lleva a la gente a tener un tipo u otro de estas orientaciones actitudinales, el examen de estos datos nos puede dar algunas luces.

Varios estudios han mostrado que la dinámica social venezolana, a efectos de análisis estadísticos, puede ser analizada en grupos de conglomerados geosociales –conjuntos de ciudades según su tamaño– donde cada uno de estos grupos presenta cierta homogeneidad analítica. De esta manera, dichos estudios han notado como Caracas siempre ha tenido un comportamiento diferente al resto del país.

Estos conglomerados pueden agruparse de la siguiente manera:

- grandes ciudades como Maracaibo y Barquisimeto y los ejes urbanos como Barcelona-Puerto La Cruz, Valencia-Maracay y Ciudad Bolívar-Ciudad Guayana;
- ciudades intermedias como Barinas, Maturín, Porlamar, Mérida y Acarigua;
- ciudades pequeñas como Guasualito, Tinaco, El Tocuyo, Bailadores y Río Caribe;
- el resto de los centros poblados pequeños y la población rural.

Entre otras cosas, el fenómeno de la pobreza no presenta sólo niveles diferentes entre estos conglomerados geosociales, sino también presenta diferencias cualitativas. Por un lado, podemos hablar de diferentes tipos de pobreza urbana, como la de las grandes ciudades industriales, la de las ciudades interme-

La revisión apuntaría en todo caso a explorar el modo en que la modernización se ha llevado a cabo en Venezuela y su relación con las oportunidades sociomateriales. Dicho en otros términos, pensar la modernidad como el juego que debería hacerse entre la experiencia de lo micro y lo mesosocial con lo macrosocial.



días, o la pobreza rural. En múltiples ocasiones se piensa como si Caracas fuera el foco de la modernidad y del desarrollo, y el resto del país –salvo dos o tres ciudades– se moviera entre lo semiurbano y lo rural. El hecho va más allá de este simplismo. Dada la cantidad y la pluralidad poblacional de Caracas, ésta no presenta sólo los polos de desarrollo del país; es de hecho un reflejo del país. No en términos de representatividad estadística, sino más bien cualitativa. En Caracas, sin lugar a dudas, está el núcleo de desarrollo; pero también existe una pobreza extrema, que muchas veces no es tan visible en ciudades medias, sino en zonas marginales rurales.



De esta manera, al contrastar los tipos culturales con los ámbitos geosociales, podemos notar que Caracas es la que representa de manera más homogénea los tipos culturales en relación con la distribución total: concentra casi un 1/5 de la población nacional y, de cada tipo cultural, concentra entre un 17% y un 25%, que es el caso de los movilizados. Los otros ámbitos presentan una mayor variabilidad en cuanto a la concentración de los tipos culturales.

Las ciudades pequeñas y el resto de los centros poblados tienden a favorecer la concentración de los tipos culturales no modernos como los rezagados y los tutelados. Las grandes ciudades presentan mayores proporciones en los movilizados y en los desarraigados. A diferencia de la relación con el nivel educativo, donde puede ser disonante un integrado analfabeta o un universitario rezagado, en el caso de los centros poblados es esperable, y hasta deseable, la existencia de estas posibles disonancias, sobre todo en cuanto a la presencia de grupos modernos en las ciudades pequeñas y el resto de las ciudades, pues deberían constituir los núcleos modernizados de dichos centros poblados. Siendo que estos ámbitos tienen una relación inversa con la pobreza (a menor tamaño del centro poblado, mayor proporción de pobreza), se puede observar entonces la relación con los tipos culturales.

Haciendo referencia a los contextos sociales inmediatos a los individuos, se procedió a examinar la relación de los tipos culturales con algunas variables que permitieran caracterizar el entorno familiar de la persona. Una de estas variables fue el origen familiar, donde interesaba buscar la conexión entre las orientaciones modernas y el origen extranjero o nacional de la persona. A diferencia de lo que se piensa, no se mostraron mayores grados de dependencia entre estas variables. Las proporciones tienden a mantenerse estables, así por ejemplo el 86,2% de las personas son venezolanas (incluyendo, descendientes de venezolanos) y esta proporción se mantiene para los tipos culturales: 86% en los rezagados y 88% en los integrados. En el caso de los europeos y descendientes de europeos (4,3%) su presencia es casi estable en todos los grupos: 3,3% en los rezagados y 5,7% en los desarraigados.



Al contrastar los tipos culturales con los ámbitos geosociales, podemos notar que Caracas es la que representa de manera más homogénea los tipos culturales en relación con la distribución total: Caracas concentra casi un 1/5 de la población nacional y, de cada tipo cultural, concentra entre un 17% y un 25%, que es el caso de los movilizados. Los otros ámbitos presentan una mayor variabilidad en cuanto a la concentración de los tipos culturales.



Cuadro 4:
Distribución porcentual de la población por variables geosociales según estrato socioeconómico

	TOTAL	ESTRATO				
		E	D	C	B	A
TAMAÑO DEL CENTRO POBLADO	100	100	100	100	100	100
GRAN CARACAS	19,93	9,85	13,53	24,45	37,12	49,84
GRANDES CIUDADES	24,84	14,16	22,17	28,62	36,07	30,20
CIUDADES INTERMEDIAS	16,57	13,26	17,93	17,35	14,33	13,95
CIUDADES PEQUEÑAS	12,99	14,06	15,31	12,73	6,04	3,86
RESTO	25,67	48,67	31,06	16,86	6,43	2,15

Cuadro 5:
Distribución porcentual de la población por variables demográficas y familiares según los tipos culturales

ORIGEN FAMILIAR	TOTAL	REZAGADOS 27,60%	TUTELADOS 10,89%	EMANCIPADOS 25,16%	MOVILIZADOS 4,18%	DESARRAIGADOS 18,91%	INTEGRADOS 13,27%
	100	100	100	100	100	100	100
VENEZOLANO	86,17	85,76	87,87	85,47	88,01	84,79	88,35
LATINOAMERICANO	3,13	4,10	2,26	3,02	2,44	3,31	1,98
DESCENDIENTE DE LATINOAMERICANO	3,70	4,30	4,01	3,97	3,31	3,08	2,65
EUROPEO ¹	4,33	3,35	3,20	4,52	4,20	5,75	4,91
OTROS	2,70	2,51	2,65	3,01	2,04	3,07	2,14

(1) Europeos de origen y descendientes de europeos

En cuanto a la estructura familiar (nuclear, extendida, pareja sola) no se observaron mayores relaciones con el tipo cultural. Sin embargo sí se observan algunas relaciones con quién crió a la persona. El 75% declaró haber sido criado por la mamá, situación cónsona con el carácter matrilineal de la familia venezolana. Si observamos estas proporciones con los tipos culturales, podemos notar que tienden a aumentar, ligera pero notoriamente, con los tipos de mayor tendencia a las orientaciones modernas. El 79% de los desarraigados y el 81% de los integrados fueron criados por sus madres. En el caso de la crianza compartida (padre y madre) se encontró que el 16% de los casos se encontraban en esta modalidad. La proporción tiende a aumentar en los tipos de los rezagados y los tutelados: 20% en los rezagados y 19% en los tutelados. Por otro lado, usando una variable que estima la estabilidad familiar partiendo de las separaciones dentro de la familia, al observar la relación de los tipos culturales con la estabilidad familiar podemos ver que los ambientes estables, tanto de la familia de la persona como de sus antecesores, tiende a favorecerse en los tipos culturales de los integrados y los desarraigados. Un 57% resultó presentar ambientes familiares bien estables, pero este porcentaje llega a un 63% en los movilizados y desarraigados, y un 66% en los integrados.

Es probable que, más que la crianza, lo importante sea la estabilidad familiar. Bien sabemos que por el carácter matrisocial de las familias venezolanas, es muy común que sea la madre quien se encargue de la crianza, incluso en hogares biparentales (con ambos padres presentes). La respuesta de ser criado por ambos padres puede ocultar una porción importante donde, en situación de divorcio, la crianza es compartida. Así la crianza materna y la estabilidad familiar, la crianza biparental y la inestabilidad familiar, pueden ir de la mano. Ahora bien, la relación entre estas variables familiares y las orientaciones actitudinales se justifica en parte porque los ámbitos familiares inestables tienden a asociarse con otras variables, como la prosecución escolar, que sí tienen una relación directa con las orientaciones actitudinales. En todo caso, el dato nos denota que existe una relación clara entre variables familiares y orientaciones actitudinales.

Bien sabemos que por el carácter matrisocial de las familias venezolanas, es muy común que sea la madre quien se encargue de la crianza, incluso en hogares biparentales (con ambos padres presentes). La respuesta de ser criado por ambos padres puede ocultar una porción importante donde, en situación de divorcio, la crianza es compartida. Así la crianza materna y la estabilidad familiar, como la crianza biparental, como la inestabilidad familiar, pueden ir de la mano.



Un grupo de variables exploradas se refiere a las aspiraciones y los aspectos vivenciales de las personas. Frente a la pregunta sobre las aspiraciones a la riqueza, el 32,8% de los entrevistados expresó que le gustaría ser igual de rico. Como es de esperarse, estas proporciones son mayores en tipos como los rezagados (38,8%) y los tutelados (35%); en el caso de los tipos desarraigado e integrado, la tendencia es a aspirar a la riqueza. El 18% de la población desea ser muy rica, pero para los desarraigados esta proporción es del 22% y para los integrados el 27%. Esta tendencia se confirma en la pregunta sobre por qué se trabaja. La idea del trabajo como forma de manutención se relaciona un poco con los tipos menos modernos, mientras que el trabajo como forma de superación –incluso material– se relaciona con los tipos modernos. Igual sucede con la preferencia por ser empleado o dueño: ser dueño tiende a relacionarse con los tipos modernos, obviamente por el deseo de control y las aspiraciones de estos grupos.

Un aspecto vivencial que nos llamó la atención fue el hecho de saber si la persona entrevistada había experimentado la muerte de alguna persona querida. Bien sabemos que el aspecto de inseguridad en Venezuela tiene una correlación alta con las condiciones de vida sociomaterial de las personas: los gru-

Cuadro 6:
Distribución porcentual de la población por variables demográficas y familiares según los tipos culturales

VARIABLES DEMOGRÁFICAS Y FAMILIARES	TOTAL	REZAGADOS 27,60%	TUTELADOS 10,89%	EMANCIPADOS 25,16%	MOVILIZADOS 4,18%	DESARRAIGADOS 18,91%	INTEGRADOS 13,27%
QUIÉN LO CRIÓ	100	100	100	100	100	100	100
MAMÁ	75,28	70,08	71,58	76,18	78,01	79,04	81,25
PAPÁ	2,67	3,12	3,07	2,55	3,31	1,74	2,77
AMBOS	15,97	19,77	18,80	15,29	13,13	13,74	11,14
FAMILIAR	4,81	5,54	5,18	4,91	4,03	4,06	4,02
OTRO	1,27	1,47	1,38	1,07	1,51	1,43	0,82
ESTABILIDAD FAMILIAR	100	100	100	100	100	100	100
TODOS ESTABLES	57,50	51,28	50,95	57,07	63,10	63,52	66,27
ESTABLES ANTECEDENTES INESTABLES	35,03	38,63	40,24	35,80	30,46	31,22	28,68
INESTABLES ANTECEDENTES ESTABLES	3,49	4,70	3,26	3,39	3,41	2,45	2,87
TODOS INESTABLES	3,98	5,39	5,54	3,73	3,03	2,81	2,18

Cuadro 7:
Distribución porcentual de la población por vivencia y gustos
según los tipos culturales

VIVENCIAS Y GUSTOS	TOTAL	REZAGADOS 27,60%	TUTELADOS 10,89%	EMANCIPADOS 25,16%	MOVILIZADOS 4,18%	DESARRAIGADOS 18,91%	INTEGRADOS 13,27%
CUÁN RICO LE GUSTARÍA SER	100	100	100	100	100	100	100
IGUAL DE RICO	32,85	38,85	35,45	34,25	28,32	27,96	23,96
RICO	45,80	42,62	49,46	44,79	54,28	47,10	46,77
MUY RICO	17,97	13,73	11,88	17,78	14,71	22,36	26,92
NO CONTESTA	3,39	4,80	3,21	3,18	2,69	2,58	2,35
SI PREFIERE SER EMPLEADO O DUEÑO	100	100	100	100	100	100	100
EMPLEADO	24,05	26,70	26,77	26,58	21,14	19,97	18,28
DUEÑO	72,48	69,08	70,09	70,59	74,91	76,59	78,48
NO CONTESTA	3,47	4,22	3,14	2,84	3,95	3,44	3,24
PARA QUÉ TRABAJA	100	100	100	100	100	100	100
PARA MANTENERSE	39,10	40,36	41,06	38,52	41,82	37,52	37,32
PARA HACERSE RICO	1,12	0,73	0,57	1,10	0,55	1,17	2,53
PARA SUPERARSE	19,59	15,08	17,42	20,93	20,73	23,43	22,40
NO CONTESTA	40,19	43,82	40,95	39,45	36,90	37,89	37,74
SI LE HAN MATADO A ALGUIEN	100	100	100	100	100	100	100
SÍ LE HAN MATADO A ALGUIEN	19,51	23,31	21,73	18,39	18,54	17,03	15,73
NO LE HAN MATADO A ALGUIEN	79,89	75,99	77,81	81,06	80,50	82,64	83,42
NO CONTESTA	0,60	0,70	0,47	0,55	0,96	0,33	0,85

pos más expuestos a la criminalidad son principalmente aquellos que habitan en las zonas más pobres. De esta manera, la relación con los tipos culturales tiene a la variable estrato como indirecta. Observamos entonces que en los tipos menos modernos la tendencia a que le hayan matado a alguien cercano es mayor que la proporción general: 23% en los rezagados y 19% en el total, mientras que en los integrados es de 16%. Es cierto que los datos no son contundentes, y se requieren estudios de corte antropológico para profundizar en estas cuestiones, pero cabe preguntarse si no resultaría paradójico que una persona expuesta al azar de la inseguridad tuviera una convicción de que realmente controla su destino.



Finalmente se exploró la conexión entre las edades de las personas entrevistadas y los tipos culturales. Si bien no se espera encontrar alguna relación contundente, pudiera ser imaginable que los tipos más modernos estuvieran asociados con edades menores que las presentadas por los tipos menos modernos. Sin embargo, tal como se muestra en el cuadro siguiente, no existen relaciones contundentes. El promedio de edad de toda la población es de casi 37 años, promedio que se repite más o menos en todos los tipos culturales: los integrados presentan la edad más baja con 35,6 años y los rezagados la edad más alta con 37,3 años. Si observamos la distribución por grupos de edad dentro de cada tipo cultural podemos notar que no presenta mayores diferencias con la distribución total. Aproximadamente entre 26% y 28% para el rango entre 18 y 25 años salvo para los integrados que presentan 31%; 26% para el rango entre 26 y 35 años donde los rezagados muestran 24%; un tercio de la población (32,3%) entre 36 y 55 años, siendo los movilizados quienes presentan un 35%; y, finalmente, con más de 56 años existe un 13% de la población, sin mayores diferencias entre los tipos culturales.



Cuadro 8:
Distribución porcentual de la población por grupos de edad según los tipos culturales

GRUPOS DE EDAD	TOTAL 100%	REZAGADOS 27,60%	TUTELADOS 10,89%	EMANCIPADOS 25,16%	MOVILIZADOS 4,18%	DESARRAIGADOS 18,91%	INTEGRADOS 13,27%
EDAD PROMEDIO	36,8	37,3	36,9	36,3	36,9	37,0	35,9
DE 18 A 25 AÑOS	28,4	28,8	25,6	28,8	26,4	28,0	30,8
DE 26 A 35 AÑOS	26,0	23,7	28,4	27,5	25,9	26,4	25,3
DE 36 A 55 AÑOS	32,3	33,2	33,2	31,3	34,6	32,0	31,6
DE 56 Y MÁS AÑOS	13,2	14,3	12,8	12,4	13,2	13,6	12,4

La naturaleza subjetiva de las variables que conforman los tipos culturales hace que estas sean variables “duras”, es decir, que difícilmente presenten una correlación clara y contundente con variables objetivas como los estratos socioeconómicos. A pesar de esto, como hemos observado, sí existen algunas relaciones observables, pero no contundentes, lo cual permite extraer algunas conclusiones:

- Se esperaría una clara relación entre los tipos culturales y los estratos socioeconómicos, pues la orientación de actitudes hacia posturas modernas se traduciría en un nivel apreciable de logro sociomaterial siendo que las personas tendrían actitudes más productivas y orientadas al logro. Claro está que la relación no sería del 100%, es decir, que no es de esperar que todos, o una buena parte de los integrados y desarraigados, se encontraran en los estratos A y B. Sin embargo, el examen de los datos nos muestra que si bien hay una relación en los extremos de las variables (pobres y tipos no modernos/no pobres y tipos modernos) esta relación en términos cuantitativos sólo puede calificarse de “estar por encima de la media”. La presencia de una cantidad de casos considerables en las casillas que pudiéramos llamar “disonantes” (pobres y tipo moderno/no pobres y tipo no moderno) y la poca relevancia del resto de las casillas, conduce a pensar que la relación entre personalidad moderna y productividad puede depender de factores que están más allá de lo microsocio. Hasta el momento, nuestra unidad de observación ha sido los individuos y las conclusiones que podemos obtener de estos datos deben tenerlo en cuenta; lo cual no implica que el fenómeno sea individual. **En otras palabras, pueden haber elementos de carácter institucional y/o societal que favorezcan o inhiban el éxito sociomaterial, más allá de las orientaciones del individuo.** El hecho de que una persona presente orientaciones modernas y carezca de condiciones socioeconómicas aceptables, no significa que la relación entre estrato y orientación sea falsa; lo que implica es que existen otras variables que están operando contra el éxito individual. De igual manera sucede cuando observamos las tendencias inversas, personas con niveles más que aceptables de vida y orientaciones poco modernas. Estos mecanismos “perversos” se hacen evidentes en la vida real con casos como universitarios pobres o gente sin estudios exitosa, donde lo que llama



El hecho de que una persona presente orientaciones modernas y carezca de condiciones socioeconómicas aceptables, no implica que la relación entre estrato y orientación sea falsa; lo que significa es que existen otras variables que están operando contra el éxito individual. De igual manera sucede cuando observamos las tendencias inversas, personas con niveles más que aceptables de vida y orientaciones poco modernas.

la atención no es que existan, sino que sean más común de lo esperable.

- Igual sucede con las otras variables de tipo socioeconómico. El hecho de encontrar proporciones no despreciables de la población en relaciones como viviendas marginales y tipos modernos; o quintas y apartamentos de lujo y tipos no modernos, son datos que apuntan a la inconsistencia del fenómeno. En este punto es necesario hacer una reflexión que contextualice estas observaciones. Un factor a tener en cuenta en la lectura de estos resultados son las crisis económicas y sociales que han sacudido al país en los últimos 25 años, donde con toda razón se puede imaginar que éstas han “arrastrado” consigo a parte de los grupos de los tipos modernos. En otras palabras, la crisis ha atentado contra las orientaciones modernas. Nos centramos especialmente en aquellos casos donde la persona tiene todos los atributos para ser exitosa –orientación moderna y estudios profesionales– pero de alguna manera no lo es. Del 100% de casos que responden a aquellos que tienen educación profesional y son de los tipos culturales desarraigados o integrados –los que presentan mayor modernidad en sus orientaciones– tenemos que sólo un 65% corresponde a los estratos A y B. Si nos limitamos a los integrados y profesionales, un 40% se encuentran en los estratos C y D. **Nuestra hipótesis es que, en épocas de menor pobreza, es muy probable que estos casos hubieran ocupado más fácilmente los estratos A y B de la población pero que, con la(s) crisis económica(s) han sido afectados en su nivel de vida.**
- La relación de los tipos culturales con los niveles educativos, si bien no tanto como esperamos, sí apunta a que el nivel educativo puede tener mayor relación con los tipos, que los estratos socioeconómicos. El argumento es claro: **el estrato socioeconómico no “dota” al individuo de una personalidad moderna, en todo caso se espera que la persona moderna aumente las probabilidades de éxito sociomaterial. En pocas palabras, vivir bien no nos hace modernos, sino el ser modernos debería hacernos vivir bien. Por el contrario, el nivel educativo sí debería dotar al individuo de esta orientación moderna, pues la adquisición de conocimientos conlleva a la autonomía del individuo –el locus interno– frente a las eventualidades de la vida.** Es necesario una reflexión sobre la es-

Un factor a tener en cuenta en la lectura de estos resultados son las crisis económicas y sociales que han sacudido al país en los últimos 25 años, donde con toda razón se puede imaginar que éstas han “arrastrado” consigo a parte de los grupos de los tipos modernos. En otras palabras, la crisis ha atentado contra las orientaciones modernas.





cuela y su papel en la socialización de las personas. No hay duda de que uno de los principales conductos de modernidad dentro de un proyecto societal, o por lo menos de la autonomía del individuo, es la escuela y, en general, el sistema educativo. Más que el mismo Estado e, incluso, que algunas instancias del mundo privado, la escuela venezolana fue una de las beneficiadas de la modernidad venezolana, pues en su momento apuntó claramente a un objetivo preciso: la extensión de la educación primaria. A pesar de la crisis que golpea a las escuelas, el sistema educativo venezolano queda como el único mecanismo de difusión societal de la modernidad, pues otros espacios como el mundo del trabajo formal y productivo, las familias, el mundo de la asociación política y civil, se han visto reducidos o ahogados por las crisis económicas y políticas. Esto se observa en la valoración positiva, no sólo en cuanto a las intenciones, sino en la práctica que hacen los diferentes sectores sociales sobre la educación.

- Dentro de todas las formas diferentes que existen de pobreza, una de las más claras tiene que ver con el aspecto rural-urbano, es decir, cómo es la ciudad o el poblado que rodean a la pobreza. Así la pobreza rural –fundamentada en actividades agrícolas a pequeña escala, con estructuras más tradicionales, lejos de todo servicio público– se diferencia claramente de la pobreza urbana, caracterizada por la buhonería, la mano de obra “todera”, la violencia del barrio y el maltrato recibido en los servicios públicos. Entre estos extremos, existen otras formas de pobreza que pue-

No hay duda de que uno de los principales conductos de modernidad dentro de un proyecto societal, o por lo menos de la autonomía del individuo, es la escuela y, en general, el sistema educativo. Más que el mismo Estado e, incluso, que algunas instancias del mundo privado, la escuela venezolana fue una de las beneficiadas de la modernidad venezolana, pues en su momento apuntó claramente a un objetivo preciso: la extensión de la educación primaria.

den ser descritas por la ciudad que las rodea, o que ellas rodean: el vivir en ciudades industriales, turísticas, fronterizas o agropecuarias se refleja también en su pobreza. Es bien conocido que las ciudades más pequeñas albergan mayores proporciones de pobreza y, sobre todo, de pobreza extrema, lo cual hace que la relación entre el tipo de ciudad y los tipos culturales tenga un primer aspecto indirecto: si la pobreza tiende a relacionarse relativamente con los tipos no modernos y viceversa, es de esperar que esta asociación del tipo cultural con el tipo de centro poblado quede reflejada. Sin embargo, por otro lado, la relación también encierra el hecho de que los centros poblados más pequeños son sitios con un ambiente más tradicional que las ciudades que presentan ambientes más modernos. **Lo más interesante de estos datos es que Caracas se comporta como un muestrario del país en cuanto a los tipos culturales: proporcionalmente no concentra mayores proporciones de personas con orientaciones modernas que las grandes ciudades.**

- Existe la tendencia a pensar que la herencia cultural del venezolano apunta más a orientaciones particularistas o tradicionales que otras herencias culturales extranjeras, especialmente las europeas. El fundamento de estas nociones opera de igual manera que la relación entre cultura y éxito sociomaterial: ellos han tenido más éxito socioeconómico, por consiguiente su cultura es mejor que la nuestra. **No hay dudas de que existe un componente cultural en los logros de las sociedades del primer mundo, pero este componente cultural no se encuentra en las orientaciones actitudinales de las personas sino en los espacios meso y macrosociales que encauzan los mundos de las interacciones microsociales.** No es que los europeos tengan una mejor cultura; lo que ocurre más bien es que sus instituciones (escuelas, vida asociativa,



partidos, trabajo, gobierno...), por cierto de muy vieja data, han logrado actuar a favor de valores y creencias cónsonos con actitudes productivas y modernas. Cualquier persona que haya viajado o vivido en estos países puede constatar esta institucionalidad: desde la regulación del tráfico, el registro y funcionamiento de empresas, el correo, el sistema de seguridad social, la escolaridad, los tribunales, la seguridad pública. Estos son espacios, experiencias vivenciales, que encauzan la interacción microsocia en un mínimo de orden colectivo. Por el contrario, en un contexto desregularizado y desinstitucionalizado, las personas tienden a ser particularistas, pues ese es el modo inmediato de garantizar el bien personal y familiar. Así, en este contexto, es en el mundo de las relaciones familiares y de las afinidades donde el individuo puede encontrar prácticamente algún apoyo. Igual sucede con las orientaciones hacia el locus externo. En situaciones de pobreza y de indefensión, no importa cuál sea el país, es difícil lograr que una persona tenga la convicción de que controla su vida. Por esto resulta sorprendente que, a pesar de esto, sectores pobres de la población presenten orientaciones actitudinales modernas.

- La estabilidad familiar es una variable que se relaciona con otras como el nivel educativo y el estrato socioeconómico; por esto la relación de la estabilidad familiar con los tipos presenta las mismas características. La estabilidad familiar tiende a relacionarse con los tipos modernos de una manera más o menos visible y la inestabilidad con los tipos no



Familias estables son una clave para la transmisión de orientaciones actitudinales modernas. Porque tenemos poca sociedad es que la familia tiene un papel muy importante en la transmisión de las creencias de la modernidad. Esto es una pésima noticia. Significa que al no contar con instituciones que hagan ese trabajo (la escuela o los espacios laborales, por ejemplo) dependemos de la familia para la formación de ciudadanos modernos y responsables, con lo cual la mayor probabilidad de ser moderno es si se proviene de una familia moderna ¿Simple reproducción social?

Cuadro 9:
Distribución porcentual de la población por sexo según los tipos culturales y nivel educativo

SEXO	TOTAL	REZAGADOS	TUTELADOS	EMANCIPADOS	MOVILIZADOS	DESARRAIGADOS	INTEGRADOS
HOMBRES	49,2	44,8	48,7	50,3	52,5	51,5	52,4
MUJERES	50,8	55,2	51,3	49,7	47,5	48,5	47,6
Nivel Educativo							
	TOTAL	ANALFABETO	SIN NIVEL	PRIMARIA	SECUNDARIA	TÉCNICO	PROFESIONAL
HOMBRES	49,2	34,4	44,1	48,6	50,3	56,0	56,0
MUJERES	50,8	65,6	55,9	51,4	49,7	44,0	44,0

modernos. Sin embargo, no se debe subestimar que la estabilidad familiar puede ser un resultado de las orientaciones actitudinales modernas en la medida en que éstas tienden a ser más flexibles que las orientaciones no modernas. Parte de las orientaciones modernas es la capacidad para asimilar los cambios –por ejemplo, que la mujer trabaje e incluso sea más exitosa que el marido– lo que requiere de un grado de tolerancia y adaptabilidad que en orientaciones no modernas (las propiamente tradicionales) tiende más bien a ser rígida.

- No obstante, desde el punto de vista de las variables del ambiente familiar, algo que nos resultó interesante fue la relación con la persona que crió al individuo. Resulta interesante, pues existe la opinión que apunta a que, por ser Venezuela una sociedad donde el peso de la madre es considerable en la socialización de la persona, esto resulta ser un obstáculo para la orientación moderna del individuo. La explicación viene por asociar la presencia de la madre a lo tradicional y a lo afectivo, y la del padre al logro y a lo disciplinario. Después de todo, la presencia de ambos padres en roles activos es asociada a familias modernas. Según esto, nos resulta sorprendente encontrar que existe una tendencia que relaciona la crianza materna con los tipos modernos. El dato requiere ser examinado más a profundidad, pues la pregunta a responder y a profundizar es quiénes son estas madres “modernizantes”. De todas maneras, esta información obliga a ser más cauteloso con la visión de la crianza materna como un inhibidor de modernidad. Después de todo, si un mayor nivel educativo permite la formación de una personalidad más moderna, no se puede obviar que las mujeres –sobre todo en las edades jóvenes– permanecen más tiempo en el sistema educativo que los hombres. Por otro lado, dado que el analfabetismo es superior en las poblaciones mayores y en las mujeres, al tener éstas un promedio de vida mayor al hombre, es también comprensible que se encuentren más mujeres en las poblaciones analfabetas y sin nivel educativo. De hecho, en el único tipo social donde prevalecen las mujeres es en el de los rezagados (55% de ellos son mujeres, siendo el porcentaje total un 51%); pero el 66% de las personas analfabetas y el 56% de las que no tienen nivel educativo son mujeres, siendo las mujeres el 51% de la población total.

Las orientaciones actitudinales deberían tener una influencia en las aspiraciones del individuo, particularmente en sus aspiraciones sociomateriales. En consecuencia, se puede observar que los tipos modernos tienden a favorecer las aspiraciones de riqueza de las personas, así como los deseos de controlar sus propios negocios. Junto a estos datos, se tomaron en cuenta algunas cuestiones vivenciales, donde llamó la atención la variable que registra el deceso de una persona cercana al entrevistado. Se notó una relación positiva entre el hecho de haber experimentado la muerte de una persona cercana y los tipos no modernos. No es posible determinar con los datos disponibles cuál es la relación que puede haber entre las experiencias vivenciales y las orientaciones actitudinales de las personas, relación que, sin lugar a dudas, debe existir. En todo caso, la exposición a ambientes violentos, asociados sobre todo a zonas pobres, interviene seguramente en la posibilidad de que a una persona le hayan matado un ser querido. La pregunta que nos viene a la mente es cómo se puede esperar que una persona desarrolle una personalidad moderna en un ambiente de tanta incertidumbre como aquél en el que suelen vivir las personas pobres.

Finalmente queda la pregunta de qué lleva a ciertas personas a tener una orientación actitudinal más moderna que otras. En teoría, se espera que la inserción de la persona en espacios institucionalizados como las redes asociativas, los sistemas educativos y las experiencias públicas, tales como el mundo laboral formal o la política –denotando la valoración de lo público según lo expresado en las preferencias valorativas– llevaría a que la persona expresara una orientación actitudinal más moderna. Sin embargo, estas orientaciones que denominamos modernas (locus de control interno, confianza, universalismo, neutralidad afectiva...) y que son el producto del pasaje por estos espacios institucionalizados, se verían reforzadas en la medida que también se tradujeran en un mejor nivel de vida sociomaterial. Después de todo, la idea de las orientaciones modernas apunta a la capacidad que tiene el individuo para actuar y transformar su entorno. Por esto, las orientaciones modernas son el resultado de dos condiciones: primero, la existencia de las redes que transmiten estos valores como lo son la familia, la escuela, el mundo asociativo, el trabajo formal y la vida institucional; segundo, un entorno socioeconómico que fa-



La modernidad termina siendo más una experiencia de socialización para el individuo que parte de un proyecto societal. Es individual, en la medida en que la orientación moderna depende de si el individuo se inserta y se mantiene en estos espacios institucionalizados, y no depende tanto de la traducción de estos en bienestar sociomaterial.

vorezca que estas experiencias se traduzcan, efectivamente, en bienestar sociomaterial.

No obstante, según lo observado en los datos, el acceso a la educación formal tiene un rol en estas orientaciones, pero no es del todo concluyente. Observamos así mismo que hay una relación positiva entre las orientaciones modernas y el nivel socioeconómico de la persona, pero tampoco es una relación del todo definitiva. Se puede observar, con una frecuencia considerable, que hay casos que rebaten este planteamiento teórico: personas de estratos pobres con orientaciones modernas, y personas de estratos altos con orientaciones no modernas. En el caso del nivel educativo, éste logra escalar, en cierta medida, el fenómeno, si es relacionado con los tipos culturales. A pesar de algunas inconsistencias, la relación es más clara en este caso que en el de los estratos socioeconómicos.

La primera impresión que se tiene, resultado de la prevalencia del nivel educativo sobre los estratos socioeconómicos como variable relacionada con la orientación moderna, es que la modernidad termina siendo más una experiencia de socialización para el individuo que parte de un proyecto societal. Es individual, en la medida en que la orientación moderna depende de si el individuo se inserta y se mantiene en estos espacios institucionalizados, y no depende tanto de la traducción de estos en bienestar sociomaterial.

El contexto sociomaterial, variable que debería ser controlada por un proyecto societal y no por el individuo, no actúa a favor de este último, pues no permite que las experiencias institucionalizadas se conviertan en bienestar sociomaterial. Expresado en términos de una pregunta, de estar en una economía más productiva ¿la población con orientación moderna y pobre seguiría siendo pobre? Esto nos lleva a explorar la relación que existe entre varias variables y la orientación moderna, no en términos de casos concretos como se hizo con las tablas de contingencia, sino tomando en cuenta el peso de estas variables dentro de los modelos de relaciones.



Con miras a determinar la relación que existe entre diversas variables con la orientación actitudinal, se procedió a calcular las correlaciones entre éstas, tanto para el total de la población como para cada tipo cultural en particular. A efectos de estas correlaciones, con la ayuda de técnicas factoriales, se construyó una variable continua que sintetizara a estas tres variables parciales⁵. Una de las técnicas factoriales, las correspondencias múltiples, crea un valor continuo para cada uno de los casos siendo resultado, en este caso, de la síntesis de las tres tipologías temáticas.

La correlación es un indicador estadístico que mide el grado de relación lineal que existe entre dos variables, comprendiendo valores desde -1 (donde la relación es totalmente inversa, es decir, cuando una variable crece la otra decrece) hasta 1 (la relación es exacta, en la medida en que una variable crece, la otra crece en igual medida) donde el valor 0 implica la ausencia de relación lineal entre las variables.

En el cuadro siguiente se presentan las correlaciones resultantes entre las variables seleccionadas, la orientación actitudinal –la variable continua sintética construida para este análisis– y el nivel educativo tanto para el total de la población como para los diferentes tipos culturales. Hay que recordar que la naturaleza subjetiva de estas variables, como lo expresamos anteriormente, hace que sean “duras” al momento de establecer indicadores estadísticos de asociación o causalidad; así pues, si bien los indicadores obtenidos no son altos, para este caso los consideramos muy relevantes.

En el caso de las correlaciones con la orientación actitudinal para **el total** de la población, podemos notar que las variables educativas tanto individuales (el nivel educativo de la persona) como las del hogar (el promedio educativo del hogar) presentan una relación positiva importante con la orientación

5

Para las correlaciones se requieren variables continuas; sin embargo, con un margen de error se pueden usar variables ordinales, como es el caso con el nivel educativo. Siendo que la “ordinalidad” de los tipos culturales no es del todo exacta, se prefirió entonces crear esta variable sintética a través de métodos factoriales, específicamente el análisis de componentes principales.





actitudinal, en ambos casos con niveles semejantes de correlación (alrededor de 0,24). Esta correlación se refleja luego con el estrato (0,23). En una escala menor, existe también una relación positiva con la asociatividad y el ingreso.

Las correlaciones entre las variables, en el caso de **los integrados**, demuestran que las variables educativas y el estrato presentan también un nivel importante de relación con la orientación actitudinal pero con niveles mayores (0,31) a los observados en el total. De manera diferente, el ingreso tiene una correlación mayor (0,21) que la observada en el total (0,16). Para **los desarraigados**, el orden de importancia de las variables cambia. No es el promedio educativo del hogar, sino el nivel educativo de la persona el que presenta una correlación mayor con la orientación actitudinal (0,29), sin embargo con un nivel menor al del promedio educativo del hogar para los integrados (0,32). En el caso del promedio educativo del hogar, la correlación con la orientación actitudinal para los desarraigados es de 0,28, incluso menor que el peso del nivel educativo en los integrados (0,31). Se da otro cambio en el orden de importancia de las variables para la población de **los movilizados** presentando, sin embargo, bajos niveles de relación. La variable que presenta una mayor relación es el estrato (0,20) pero presentando un nivel semejante a lo que sería la cuarta o quinta variable de los tipos culturales anteriores. Más que señalar las correlaciones, lo importante en este tipo cultural es la baja importancia de las variables educativas con relación a la orientación actitudinal.

El orden observado para la población total se presenta de igual manera en el caso del tipo cultural de **los emancipados** quienes, por cierto, anteriormente señalábamos como una especie de reflejo estadístico de la población total. No obstante, los valores presentados en las correlaciones tienden a ser menores que los observados en la población total: el promedio educativo del hogar presenta una correlación de 0,21 mientras que en el total era de 0,25. Para **los tutelados**, el orden de las variables es muy parecido al caso de la población total, teniendo siempre las variables educativas mayor peso. Simplemente hay un cambio en las últimas posiciones; el ingreso del hogar tiene una mayor relación con la orientación actitudinal que la asociatividad. En este caso, es la asociatividad a grupos religiosos la que presenta un valor mayor que la asociatividad en general. No obstante, el nivel de las relaciones –al igual que en el caso de los emancipados– se presenta también con valores ba-

jos. Finalmente, para **los rezagados**, el grupo considerado menos moderno entre los tipos culturales, los valores de las relaciones son también bajos. Sin embargo, la novedad en este caso es la presencia de la pertenencia a grupos religiosos como la variable que tiene una mayor correlación con las orientaciones actitudinales. La asociatividad –que en este caso incluye a la asociatividad religiosa– aparece como la segunda variable con mayor correlación. El peso de la educación es notablemente bajo y esto por una razón: es este grupo el que presenta una mayor proporción de población analfabeta y sin nivel educativo formal (17% de los rezagados).

Sintetizando las observaciones a partir de estas correlaciones podemos señalar lo siguiente:

- **Se confirma el peso positivo de la educación en las orientaciones actitudinales del individuo, no sólo en términos de su nivel educativo, sino también del ambiente educativo del hogar medido en el promedio educativo del hogar.** A pesar de ser estas dos variables correlacionadas por naturaleza –siendo que el promedio educativo del hogar comprende también al del individuo en cuestión– no es del todo novedoso señalar que las aspiraciones educativas de un individuo se ven facilitadas si el hogar presenta igualmente una tradición de estudios. Por otro lado, el peso de la educación es sobre todo notable en el caso de los tipos culturales modernos (integrados y desarraigados). En el caso de los rezagados, el valor correlativo de la educación es bajo ya que la educación no es un atributo específico de este grupo.
- Sólo en dos casos no se presenta la educación como la variable con mayor correlación con la orientación actitudinal. En el caso de **los movilizados**, es el estrato social quien presenta la mayor correlación. Es en este grupo donde pudiera eventualmente explorarse una relación más clara entre condiciones socioeconómicas y orientaciones modernas, teniendo presente que este tipo cultural sólo abarca un poco más del 4% de la población. Para el caso de **los rezagados** mencionábamos la razón por la que no era la educación la variable con mejor correlación; sin embargo el hecho de que ésta sea la asociación a grupos religiosos merece una reflexión más detenida. Un procesamiento rápido entre los tipos culturales y las religiones nos muestra que no existen



Cuadro 10:
Correlaciones de la orientación actitudinal con otras variables por orden de importancia según tipo cultural

	1A. VARIABLE	2A. VARIABLE	3A. VARIABLE	4A. VARIABLE	5A. VARIABLE
TOTAL	PROMEDIO EDUCATIVO DEL HOGAR (0,25)	NIVEL EDUCATIVO (0,24)	ESTRATO (0,35)	ASOCIATIVIDAD (0,18)	INGRESO (0,17)
INTEGRADOS	NIVEL EDUCATIVO DEL HOGAR (0,32)	NIVEL EDUCATIVO (0,31)	ESTRATO (0,30)	INGRESO (0,21)	ASOCIATIVIDAD (0,12)
DESARRAIGADOS	NIVEL EDUCATIVO (0,29)	PROMEDIO EDUCATIVO DEL HOGAR (0,28)	ESTRATO (0,26)	INGRESO (0,21)	ASOCIATIVIDAD (0,16)
MÓVILIZADOS	ESTRATO (0,20)	PROMEDIO EDUCATIVO DEL HOGAR (0,17)	NIVEL EDUCATIVO (0,15)	INGRESO (0,15)	ASOCIATIVIDAD (0,14)
EMANCIPADOS	PROMEDIO EDUCATIVO DEL HOGAR (0,21)	NIVEL EDUCATIVO (0,20)	ESTRATO (0,19)	ASOCIATIVIDAD (0,16)	INGRESO (0,15)
TUTELADOS	PROMEDIO EDUCATIVO DEL HOGAR (0,19)	NIVEL EDUCATIVO (0,17)	ESTRATO (0,15)	ASOCIATIVIDAD (0,110)	GRUPO RELIGIOSO (0,09)
REZAGADOS	GRUPO RELIGIOSO (0,16)	ASOCIATIVIDAD (0,13)	PROMEDIO EDUCATIVO DEL HOGAR (0,13)	NIVEL EDUCATIVO (0,12)	RELACIÓN A PERSONAS (0,12)

mayores diferencias: más o menos 85% son católicos; del 15% restante, 5% son evangélicos, 5% ateos, 2% judíos y el 3% queda repartido entre otras religiones. Estas proporciones se presentan de manera parecida en todos los tipos culturales. Por otro lado, no se trata tampoco de que el grupo de los rezagados tenga una mayor tendencia hacia la asociatividad religiosa que los otros grupos; todo lo contrario, es el grupo con mayor porcentaje de personas que nunca han tenido participación en asociaciones de este tipo (67%). La lectura que se puede hacer de este resultado es que en este grupo la asociatividad religiosa se relaciona más positivamente con la orientación actitudinal. En otras palabras, dentro de los rezagados la gente que participa en asociaciones de tipo religioso presenta orientaciones actitudinales más modernas en relación con el resto de las personas dentro de este tipo cultural. De alguna manera, si nos atenemos estrictamente a los resultados, frente a la ausencia de la escuela, pareciera que son la iglesia o los grupos religiosos los que hacen el papel de agentes de socialización.

Intentando profundizar más en la naturaleza y la descripción de estos tipos culturales, se realizó una exploración taxonómica hacia su interior, que consiste en saber, a través de la clasificación de los datos, cómo se constituyen dichos grupos y quiénes lo conforman. Para este procesamiento se recurrió a las técnicas del análisis de correspondencias múltiples, y a la clasificación mixta, que son incluidas en el anexo estadístico con una breve descripción. Nuestra intención es descubrir aquellos casos que correspondan o no a lo esperado en cada tipo cultural; esto es lo que mencionábamos anteriormente, al hablar de las contradicciones o inconsistencias que existen en la relación entre los tipos culturales y los atributos de los individuos. Siendo que nuestro interés es más descriptivo que estadístico, pues nos concierne más saber dentro de un universo amplio de variables cuáles describen y clasifican mejor dentro de un tipo cultural, se prefirió la amplitud de variables en el análisis al rendimiento óptimo de los indicadores estadísticos. Después de todo, y a pesar de la gran cantidad de variables, los factores construidos para la clasificación presentaban niveles aceptables de explicación. En el cuadro siguiente se presenta la distribución general de los tipos culturales en su conjunto.



Cuadro 11:
Distribución porcentual y absoluta de la población según tipos culturales

TIPOS CULTURALES	DISTRIBUCIÓN POBLACIONAL	
	ABSOLUTO	%
INTEGRADOS	1.703.932	13,27
MOVILIZADOS	536.518	4,18
EMANCIPADOS	3.231.000	25,16
REZAGADOS	3.544.039	27,60
DESARRAIGADOS	2.428.536	18,91
TUTELADOS	1.398.238	10,89
<i>TOTAL</i>	<i>12.842.263</i>	<i>100</i>

Dado que puede ser extenso el análisis de las clasificaciones resultantes (unas 22 clases en total), en esta parte presentamos la síntesis de estas clasificaciones y en un anexo al final del trabajo presentamos la descripción minuciosa de estas clases con sus respectivos cuadros, donde se detallan las variables que componen cada tipo. A continuación reseñamos las clases obtenidas para cada uno de los tipos culturales.



En el tipo cultural de **los movilizados**, se obtuvieron cuatro clases. A diferencia de los otros tipos culturales, las variables que mejor discriminan dentro de este grupo son las orientaciones actitudinales. Un primer grupo es caracterizado por los que presentan un *control de tipo individualista*, un nivel de desconfianza media y un tipo de preferencias valorativas correspondiente al tradicional y a la valoración por desempeño. Un segundo grupo se caracteriza por la *desconfianza baja, la preferencia valorativa tradicional, y un tipo de control interdependiente*. Un tercer grupo se describe por la *alta desconfianza, el control interdependiente y las preferencias valorativas modernas*. Un último grupo, que esta vez sí se caracteriza por variables sociales, es el de *las amas de casa*. Al igual que en el caso

Cuadro 12:
Tipos obtenidos en la clasificación mixta según tipo cultural

CLASE	MOVILIZADOS	INTEGRADOS	EMANCIPADOS	REZAGADOS	DESARRAIGADOS	TUTELADOS
1	INDIVIDUALISTA (47%)	POPULAR TRABAJADORA (39%)	POPULAR TRABAJADORA (52%)		POPULAR TRABAJADORA (61%)	TRABAJADOR (77%)
2	INTERDEPENDIENTE TRADICIONAL (10%)	PROFESIONAL URBANA (31%)	PROFESIONAL URBANO (19%)		PROFESIONAL URBANO (19%)	INTERDEPENDIENTE TRADICIONAL (3%)
3	INTERDEPENDIENTE MODERNO (23%)	EXCLUIDO (9%)	EXCLUIDO (10%)	EXCLUIDO (14%)	EXCLUIDO (3%)	—
4	AMA DE CASA (20%)	AMA DE CASA (21%)	AMA DE CASA (19%)	AMA DE CASA (25%)	AMA DE CASA (21%)	AMA DE CASA (20%)

de los integrados, se trata de mujeres que han trabajado, presentando una proporción significativa de población analfabeta.

Dentro del tipo cultural de **los integrados**, se pueden distinguir cuatro clases. La primera la identificamos como *la popular trabajadora* y es el grupo de mayor peso dentro de los integrados. Tiene un nivel educativo básico y en ella el trabajo es visto como una forma de manutención. Concentra casi la mitad de los integrados que provienen de escuelas públicas, y un 80% de los integrados con categoría ocupacional de obreros. Casi la mitad de este grupo proviene del estrato D. Un segundo grupo es también caracterizado por variables laborales, en este caso –los identificamos como *los profesionales urbanos*– la categoría de ocupación característica es la de empleado, residentes en su mayoría de la Gran Caracas. Una buena parte de este grupo es de nivel universitario y proviene del es-

trato B. Su carácter holgado –por lo menos, no limitado a la supervivencia– les permite concebir el trabajo como un medio de superación. El tercer grupo, uno de los que denota las inconsistencias de las relaciones entre nivel socioeconómico y tipo cultural, es el de *los excluidos*. Representa un 9% dentro de los integrados. Sus integrantes carecen de nivel educativo y provienen del estrato E. Se concentran en las ciudades pequeñas y zonas rurales, y una proporción considerable no conoció a ninguno de sus padres. Un cuarto grupo es el de *las amas de casa*. Es un grupo constituido en su mayoría por mujeres, algunas de las cuales han trabajado y presentan un nivel educativo de secundaria.

Para **los emancipados** se obtienen igualmente cuatro clases, esta vez caracterizadas por variables sociales. Considerando el modo en que se denominaron los grupos, resultan ser los mismos grupos que se definieron para los integrados. Un primer grupo es el de *las amas de casa*. Son mujeres que no trabajan y con un nivel educativo de primaria. El segundo grupo consiste en la población excluida de *los emancipados*. En este caso, se caracterizan principalmente por sus variables educativas: sin nivel educativo o analfabetos. Es digno de atención que una buena parte de esta clase no conociera a ninguno de sus padres, y que no presente mayores aspiraciones sociomateriales. En el caso de la clase *popular trabajadora*, son también las variables educativas las que la caracterizan. Proviene de planteles públicos, y tiene nivel educativo de primaria. Al igual que sus pares en el tipo cultural de los integrados, concibe el trabajo como medio de manutención. Es la clase de mayor proporción dentro de los emancipados. La última clase es la de los *profesionales urbanos*. En buena medida sus componentes son del estrato B y tienen nivel educativo universitario o técnico, proviniendo de escuelas privadas. El trabajo es visto como un medio de superación, cuestión que muy probablemente tiene que ver con el hecho de que una buena parte de esta clase considera que ha tenido mejorías con los cambios de trabajo.





Dentro de **los rezagados**, sólo se presentan tres clases. Existe una primera clase que definimos como la *clase trabajadora*, que si bien se asemeja a la trabajadora popular de los otros grupos, también presenta algunos rasgos de la profesional. Es la clase de mayor tamaño dentro de los rezagados. No se caracteriza por la presencia de personal obrero sino más bien empleado, que proviene de planteles públicos de educación. Concibe el trabajo tanto como un medio de manutención como de superación. La segunda clase corresponde a *los excluidos*, caracterizados también por variables educativas, en este caso, la exclusión del sistema formal de educación y el analfabetismo. Como en otros casos, esta clase se distingue por el desconocimiento de ambos padres. La última clase es la de *las amas de casa*, mujeres que no trabajan y se quedan en el hogar.

En el tipo cultural de **los desarraigados**, se repiten de nuevo las cuatro clases con caracterizaciones similares. Primero está el grupo de *las amas de casa*, sin ocupación y con nivel educativo de secundaria. En gran parte, fueron criadas sólo por sus madres. El segundo grupo es el de *los excluidos*. Son la minoría dentro de los desarraigados. Igualmente se definen por su bajo nivel educativo o la ausencia de éste, y por pertenecer al estrato E. La ausencia de las categorías de ocupación y de otras variables relacionadas denota que es una población sin empleo. Al igual que en otros grupos, también se caracterizan por el desconocimiento de sus padres. La tercera clase es la de los *profesionales urbanos* discriminados por su alto nivel educativo, su residencia principalmente en Caracas, su pertenencia al estrato B, y el haber estudiado en planteles privados. La última clase corresponde a *los trabajadores populares*, esta vez mejor descritos por su trabajo por cuenta propia. Como en otros casos, el trabajo es percibido como un medio de manutención. Sus componentes alcanzan con niveles educativos básicos, y provienen de la educación pública.

Por último, para **los tutelados** se obtuvieron tres clases. En este caso, las clasificaciones combinan las variables sociales con las variables referentes a las tipologías temáticas. Una primera clase, *los trabajadores*, combina –como fue en el caso de los rezagados– las clases trabajadora popular y profesional urbana en una sola clase. Se compone de los empleados, pero también, en menor medida, de los obreros; concibe el trabajo como medio de manutención, pero también como medio de superación. Lo más descriptivo de esta clase es su desconfianza

media, y sus preferencias valorativas orientadas a lo tradicional y a la valoración por el desempeño. Es con mucho la clase mayor dentro de los tutelados. Una segunda clase es descrita sobre todo por variables de la tipología temática: *control interdependiente, alta desconfianza y orientación tradicional*. Son un grupo bien minoritario dentro de los tutelados. La última clase corresponde a *las amas de casa*. Si bien se caracteriza por no presentar una ocupación, es importante también en este caso su orientación tradicional, la valoración por el desempeño, así como su desconfianza media. Además se definen por su origen humilde y por cierto nivel de relaciones interpersonales.

La observación de los grupos que aparecen como los que mejor caracterizan el interior de los tipos culturales nos arroja algunas conclusiones que resumimos a continuación:

- Dentro de las clasificaciones internas a cada tipo cultural existen algunas clases que podemos denominar como constantes. La primera de ellas es un grupo conformado por las mujeres que no trabajan y, es de suponer, se dedican a las labores del hogar; son quienes hemos identificado como las **amas de casa**. Según sea el tipo cultural, algunos de estos grupos de mujeres se caracterizan por la ausencia de nivel educativo, así como en otros casos por haber alcanzado el nivel secundario; sin embargo tienden a constituir aproximadamente un 20% a 25% de cada tipo cultural lo que nos demuestra que, desde el punto de vista de su tamaño, es una clase bastante constante. Nuestra primera hipótesis es que este grupo es homogéneo por naturaleza, dados los atributos de sus variables (sexo, edad, ocupación, nivel educativo) y que existe una tendencia a conformarse en grupos. No obstante, si algo se debe concluir de este hecho es que el perfil tradicional o no moderno que se suele atribuir a las mujeres que son amas de casas no se corresponde con nuestros resultados: existen amas de casas tanto en los grupos menos modernos como en los grupos más modernos, con un peso proporcional más o menos constante. Dicho desde la perspectiva no acontecida: si las mujeres que son amas de casa fueran efectivamente un tipo “portador” de no modernidad, deberían tener un mayor peso en grupos como los rezagados o los tutelados, y menor peso en los grupos de los integrados y los desarraigados.
- Otra constante es la existencia de subgrupos que son caracterizados por su **pobreza extrema**: provienen del estrato E,





no tienen trabajo y no pasaron por el sistema formal de educación. Según sea el tipo cultural donde se presente este grupo constante, tienen una mayor o menor proporción dentro de cada tipo cultural: desde 3% en los desarraigados hasta 14% en los rezagados, los dos extremos de los tipos culturales. Esto nos confirma lo mencionado anteriormente. Si bien hay una relación positiva entre tipos culturales no modernos y estratos sociales bajos, esta relación no es ni lineal ni contundente, pues existen algunos grupos que deben ser tomados en cuenta, ya que no se corresponden con dicha relación. Nuestra duda, presentada anteriormente se hace presente: estos integrados o desarraigados pertenecientes a las clases excluidas, ¿seguirían siéndolo en un contexto económico más productivo?

- En tres tipos culturales (integrados, emancipados y desarraigados) se conformaron grupos que pueden identificarse como **profesionales urbanos**: personas con estudios superiores –universitarios o técnicos–, correspondientes a los estratos A y B, que habitan en su mayoría en la Gran Caracas. A diferencia de su clase opuesta mencionada en el apartado anterior –los excluidos– estos profesionales aparecen



en las clases con orientaciones modernas más evidentes (integradas y desarraigadas) y en los emancipados, tipo cultural que se comportaba un poco como un reflejo de los promedios nacionales. Su alto nivel educativo nos refuerza la idea de que el rol de la educación formal en la orientación moderna es capital. Lo observable en este caso es que es la educación privada quien refleja esta relación. La idea de que la modernización es una experiencia de socialización individual y no parte de un proyecto societal va en esta línea. No se trata de que la educación privada responda a los intereses individuales sino que es el esfuerzo individual el que hace posible el acceso a la educación privada y, en consecuencia, a una mayor exposición a las orientaciones modernas. Sin embargo, la educación pública también juega un papel en las orientaciones modernas.

- En las clases de los tipos culturales se pueden diferenciar dos de ellas vinculadas al trabajo: una clase que podemos denominar como la **trabajadora popular**, caracterizada por trabajos manuales (obreros) o por cuenta propia, en algunos casos vinculada al estrato D; y una **clase trabajadora**, caracterizada principalmente por los empleados. Una de las diferencias significativas entre estas clases y la clase de los profesionales urbanos es que, para estos últimos, existe una tendencia a percibir el trabajo como un medio de superación, mientras que para las clases trabajadoras esta percepción se orienta más hacia la manutención. No se trata de que su percepción del trabajo los ubique en una parte de la escala social; es más bien que su situación sociomaterial –de supervivencia o de holgura– les permite darle una u otra concepción al significado del trabajo. Sin embargo, y retomando en parte la reflexión sobre el rol de la educación formal en las orientaciones modernas, hay que reconocer que la educación pública también juega un papel en las orientaciones modernas. La diferencia está en el hecho de que la educación privada se asocia a niveles educativos universitarios y públicos, y la educación pública a los niveles de primaria y secundaria. A pesar de esto, las personas que provienen de los planteles públicos –y por ende, se asocian al nivel educativo de primaria o secundaria, y estratos medios y bajos de la población– se conforman también como clases en los tipos culturales más modernos como los integrados y los des-



arraigados. De tener una escuela pública que motivara y empujara a sus estudiantes hacia la educación superior, no se mostraría tan claramente esa asociación de la escuela pública con estratos medios y bajos, y de la escuela privada con los estratos altos y profesionales.

- Sin lugar a dudas, más que la situación sociomaterial, **el acceso a una buena educación formal** se traduce: primero, en una mejoría de la situación sociomaterial (cuestión largamente estudiada); segundo, en la adopción de orientaciones más modernas. Por un lado, el nivel educativo es, sin duda, un ingrediente clave en estas cosas; pero, por otro lado, la calidad de la educación se encuentra reflejada en la manera en que la educación privada se asocia a los grupos con mejores desempeños socioeconómicos, en contraste con la educación pública. No es que la educación privada sea elitista; el problema es que la educación pública no ofrece realmente el desempeño necesario para las poblaciones que no pueden acceder a la educación privada. La ausencia de un proyecto modernizador a escala societal implica, entre otras cosas, la ausencia de un proyecto de igualación en la calidad de las oportunidades para la población.
- En el caso de los movilizados, tipo cultural cuyos subgrupos no se caracterizaron por variables socioeconómicas, el hecho de que haya sido caracterizado por las variables de las tipologías parciales puede estar relacionado con la talla de este tipo: comprende sólo un 4% de la población total. Si bien existen diferencias de tipo socioeconómico dentro de este grupo, es probable que, dada la talla del grupo, hayan privado finalmente las diferencias entre las tipologías parciales.



CONCLUSIONES: ¿QUÉ NOS DICEN LOS DATOS?

La exploración descriptiva de los datos apunta a algunas conclusiones que podemos resumir en los siguientes puntos:

- La relación entre las creencias y el modo en que las personas orientan sus actitudes tiene una relación sólo relativa con las condiciones sociomateriales de vida de las personas. Dicho en otras palabras, la orientación de las personas no se ve necesariamente reflejada en sus condiciones de vida.
- Existe una relación algo más clara con los niveles de educación, en particular con los niveles bajos y los altos, con relación a los tipos culturales extremos. Esto nos lleva a pensar que, más que el estrato social, son las condiciones educativas las que pueden determinar la orientación de las personas. Los diferentes procesamientos realizados a los datos señalan que las variables educativas son claves al momento de analizar los tipos culturales.
- La relación con otras variables es circunstancial, como es el caso del sexo, de los centros poblados, o del tipo de vivienda. En algunos casos interviene de manera indirecta la relación con los estratos o los niveles educativos.
- Hay una relación a explorar con las variables relacionadas con el hogar, que es reflejada por la crianza de la persona y la estabilidad del hogar. Lo que sí es cierto, tal como lo muestran los datos, es que no existe relación positiva entre la crianza materna y la orientación de las personas. No obstante, y esto lo refleja la estabilidad, pueden existir dinámicas familiares que contribuyen u obstaculizan la adopción de orientaciones modernas, que no fueron captadas en este instrumento. Esto de la crianza debe verse también junto a la presencia de las amas de casas como una subtipología constante dentro de los tipos culturales. La presencia de un subtipo ligado directamente a la estructura familiar señala la importancia de profundizar en los temas familiares.

La tesis de que la situación y el éxito material de las personas es producto de sus orientaciones actitudinales no es aplicable, por lo menos, a la Venezuela de finales del siglo XX. Podemos encontrar personas con orientaciones modernas en situación de pobreza (estratos E y D) casi con la misma frecuencia con la que se encuentran en el total nacional. Incluso, cuando calculamos la correlación de los tipos culturales con variables como el ingreso, notamos que si bien la relación es positiva, no presenta mayor significación, lo que nos lleva a pensar que la relación positiva entre el estrato y el tipo se debe en buena parte al nivel educativo. El estrato es un constructo estadístico que comprende las siguientes variables: vivienda, promedio educativo del hogar, tenencia de vehículos, asistencia de niños a la escuela,

dependencia económica, e ingresos; al quitar el ingreso y las variables que se le asocian directamente (vivienda, vehículo y dependencia) nos encontramos con que quedan solamente variables educativas. Así que la relación entre el estrato y el tipo cultural refleja en buena parte el nivel educativo.

Esto no implica que las tesis que soportan la relación entre éxito sociomaterial y orientaciones actitudinales sean falsas. De hecho, la relación positiva entre los tipos culturales y el nivel educativo señala, en cierta medida, que es cierta la tesis; el reverso se produce en el momento en que los niveles educativos no se traducen en bienestar material. Aquí es donde interviene, negativamente, la acción de un contexto social y económico recesivo y sostenido en el tiempo. Lo que realmente se espera es que las personas con orientaciones modernas tengan la posibilidad de dotarse de mejores herramientas –entre ellas la educación– que les permitan incrementar su autonomía frente a las eventualidades y asegurarse un mejor futuro. De este hecho se produce la relación positiva entre educación y el tipo cultural, por lo que debería verse reflejado en las condiciones de vida de las personas.

Carece complemento de sentido tratar de afirmar que la educación no significa mejoría sociomaterial; debería significarlo, y se espera que sea así. La crisis socioeconómica sostenida en los últimos 25 años que es la causa de la pobreza, y no las orientaciones de las personas, ha llevado a que los esfuerzos de las personas en lo formativo no se transformen en un mejoramiento del nivel socioeconómico. La situación, hecha más compleja por elementos políticos, institucionales, sociales, y la retroalimentación de lo cultural, operan entonces como un catalizador algo caótico: profesionales en situación de pobreza y personas sin nivel en los estratos A y B.

La ausencia de variables como el trabajo formal o algunas formas de asociatividad, con peso explicativo dentro de los tipos culturales, demuestra la debilidad que tienen los espacios públicos en la socialización de las personas. Son variables como la educación y el entorno familiar, recordando que el estrato es una variable del hogar y no de la persona, las que tienen mayor presencia explicativa en las orientaciones de la persona; no es esto lo que se critica sino la ausencia de otras variables. Para explicar estas orientaciones notamos que se encuentran mejores referencias de naturaleza individual que la explicación mediante los contextos sociales, a menos que hablemos de pobreza.

Frente a los resultados de este análisis de datos nos vemos impulsados, yendo más allá de lo que es directamente pertinente a la Encuesta del Proyecto Pobreza, a tratar de esbozar un marco comprehensivo que nos permita entender bien en qué situación se produce la relación entre las condiciones sociomateriales y las orientaciones actitudinales de las personas. En otras palabras, cuáles son las condiciones sociológicas donde se producen las creencias y los valores que guían las acciones de las personas en la Venezuela de finales del siglo XX e inicios del XXI.